

GUERRA GALACTICA

a. thorkent

CIENCIA FICCION



GUERRA GALACTICA

a. thorkent

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

333. — Sello mortal. — *Glenn Parrish*.

334. — La nube cósmica. — *Ralph Barby*.

335. — Enigma en Sural. — *A. Thorkent*.

336. — Expedición al infinito. — *Glenn Parrish*.

337. — El reparto. — *Marcus Sidereo*.

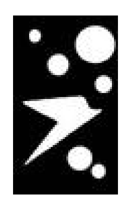
A. THORKENT

GUERRA GALACTICA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 338

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 44.665 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1977

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Nunca había salido del sector, pero conocía profundamente lo que estaba sucediendo más allá de nuestras indefinidas fronteras.

Como la mayor parte de los habitantes de nuestro núcleo, asistía con cierta indiferencia a los acontecimientos que se desarrollaban a tantos millones de años luz.

Nos sentíamos relativamente seguros, conscientes de que aquélla era nuestra gran oportunidad de alcanzar los fines que nos habíamos propuesto cuando se inició el olvido por parte de la Superioridad.

Durante varios años nos dejaron tranquilos.

Y los aprovechamos.

Usamos aquel tiempo para desarrollar los planes que durante lustros siempre nos «boicotearon». La gente de la Superioridad estaba demasiado ocupada para acordarse de nosotros. Siempre habíamos sido una molestia y foco proporcionador de problemas, según su categórica afirmación.

Por ende, cuando nos reunimos y nuestro jefe nos leyó el mensaje que apenas hacía horas se había recibido de la Tierra, nos quedamos en silencio un buen rato, estupefactos.

Allí había medio millar de altos jefes, y ninguno supimos qué responder al presidente de la reunión.

Luego, claro, cuando alguien rompió el hielo, las sugerencias, protestas y denuestos se prodigaron. Después de alcanzarse cierta serenidad, nos pusimos a votar.

El resultado fue sorprendente, pero más tarde, cuando las confidencias y revelaciones, supimos que cada uno votó que sí, pensando que su voto no influiría.

La respuesta tenía que ser afirmativa, a no ser que quisiéramos invalidar la votación. Nadie se atrevió a solicitar una segunda ronda.

Así de sencillo, decidimos ponernos al lado de la Superioridad.

Cuando se piensa que hemos sostenido contra la Superioridad una tenaz y sorda lucha por espacio de un siglo, es posible que algún testigo imparcial no comprenda nuestro proceder.

Pero estaban los otros, como a menudo llamábamos a los mits.

Tal vez hubiéramos preferido mantenernos como hasta entonces al margen, pero todos los acontecimientos parecían condenarnos a tener que elegir un bando. Y claro, puestos a elegir, la elección no resultaba muy dudosa.

Al menos, los de la Superioridad eran humanos.

En cuanto a los mits...

Pero éstos merecen un apartado.

Había que ir a la Tierra, y teníamos que elegir al hombre encargado de trasladarse allí, con lo que suponía todo aquello. Era un viaje largo y plagado de peligros. Nunca la galaxia estuvo tan inmersa en un mar tan borrascoso como aquél.

Alguien propuso que fueran los de la Superioridad los que se trasladasen a entrevistarse con nosotros. ¿No querían nuestra ayuda? Pues entonces que se molestasen en hacer el viaje.

Pero luego .llegaron las opiniones de los románticos, los que aún mantenían vivos recuerdos de los planetas de donde procedieron hacía muchos años, huyendo del caos imperial, por fortuna ya fenecido. ¿Quién de nosotros no descendía de los mundos humanos?

Casi unánimemente me señalaron con el dedo.

Yo me quedé asombrado, aunque un tanto orgulloso por la designación. Si al principio pensé que había sido elegido por mis cualidades personales, luego tuve que pensar que tal vez habían llegado mis compañeros a preferirme a mí porque recientemente había probado con gran éxito mi nueva nave de transporte, del tamaño de un acorazado, y capacitada para ser transformada en una ciudad guerrera, después de ligeros trabajos en su fuselaje y estructura. Accedí a todo ello aún poco envanecido por lo que entonces consideré un triunfo mío ante todos mis colegas. Por supuesto, los gastos de la adaptación corrieron a cargo de la Asamblea.

En menos de dos semanas, mi hermoso carguero estelar estuvo dispuesto a combatir, dotado con los más poderosos medios de defensa y ataque. Mi tripulación fue incrementada con voluntarios.

Mario Mur se ofreció a ser mi segundo de a bordo, y le acepté, entusiasmado. Mario y yo habíamos tenido anteriormente algunas pequeñas disputas, relacionadas con las prioridades en las rutas comerciales, pero siempre terminábamos entendiéndonos.

Pasaron los días, y la euforia que me embargó al inicio de todo aquel jaleo fue disminuyendo. Creo que Mario tuvo la culpa de todo. Porque sus conversaciones siempre derivaban en el tema de lo que podíamos conseguir si salíamos triunfantes.

Mario resultó ser un tipo muy pesimista, y terminó contagiándome. Dudaba de todo y desconfiaba hasta de su propia sombra. Me expuso sus pensamientos, y casi terminé pensando como él.

—Nunca hemos obtenido ninguna ventaja de la Superioridad —dijo—. ¿Por qué ahora ha de ser diferente todo? Si les ayudamos y somos capaces de ganar la guerra conjuntamente, ¿estás seguro de que cumplirán con los compromisos que aún tenemos que discutir y pactar? Lo dudo. Y ahora pensemos que nos hundimos con ellos. ¿Qué pasaría? Sencillamente, los mits tomarían como enemigos nuestros mundos, y los considerarían como inminentes objetivos en sus planes de conquista, aunque previamente no los hubieran incluido. No, Olaf. Hay poco para ganar, y exponemos muchísimo.

—¿Qué sugieres tú? —le pregunté, ligeramente enfadado.

—Esperar. Dilatar cuanto podamos la respuesta a la Superioridad. Tenemos, antes, que ver lo que pasa. ¿Por qué embarcarnos en una nave que no sabemos si es capaz de llegar a su destino?

—Debiste decir todo esto en la asamblea…

—Sí, tienes razón.

—¿Qué votaste?

Mario apartó de mí la mirada.

—Dije que sí.

Yo le sonreí, le golpeé amistosamente en la espalda, y le dejé con sus problemas. Tenía demasiado ocupándome exclusivamente con los míos.

Preparar una nave para un viaje de cientos de años luz requiere una buena dosis de paciencia, y conocer profundamente cada pequeño detalle.

El costo para instalar en la proa los proyectores láser, terminó duplicando el presupuesto inicial. Algunos jefes gruñeron, pero terminaron aportando su dinero al final.

Aistarh, el presidente de la Asamblea, estuvo conversando conmigo el día antes de la partida.

Era ya mayor, entonces, Aistarh. Nadie sabía exactamente cuántos años tenía, pero se le calculaban más de cien. Era una edad respetable en los Mundos Libres, donde se carecía de los más avanzados medios para prolongar la vida. En los mundos de la Superioridad, el promedio era mucho más alto que entre nosotros.

Aistarh me expuso sus pensamientos con toda claridad:

—Hasta ahora hemos podido mantener extraña situación con respecto a la Superioridad, Olaf. Nuestra independencia no ha sido nunca total. Sé que corremos grandes riesgos en esta ocasión, no importa cuál sea la decisión que adoptemos. Si nos negamos a ayudar y la Tierra sale vencedora, ésta se revolverá contra nosotros furiosa apenas restañe sus heridas; pero si la ayudamos y las cosas marchan mal contra los mits, nuestros planetas caerán al lado de la Superioridad. Habremos luchado por una causa que no es la nuestra —suspiró, agregando—: Y está la tercera alternativa que ya conoces. En caso de que salgamos triunfantes, puede ocurrir que la Superioridad busque mil excusas para negarnos nuestra recompensa. Después de los instantes eufóricos de la victoria, empiezan las divagaciones, las disminuciones de los méritos contraídos por aquellas personas o entidades que no conviene reconocer plenamente.

Gruñí algo entre dientes y respondí:

—Mejor sería no hacer caso al mensaje; no ir a la Tierra.

Aistarh sonrió tristemente.

—En casos como éste no se puede permanecer al margen. Ya lo sabes. Una neutralidad a ultranza termina siempre ofendiendo al vencedor. Pero tenemos que considerar que la Superioridad está compuesta por humanos como nosotros y...

—...Y los mits no lo son —terminó recordando el argumento del grupo que existía en la Asamblea, minúsculo, que defendía la alianza con la Superioridad.

Los mits no son humanos, me decía constantemente aquella cálida mañana en la que ascendí a mi nave, *Argón*, dirigiéndome al puente de mando.

Por la pantalla, observé el grupo de jefes que habían acudido a despedirme. Estaban casi todos, procedentes de todos los Mundos

Libres. De nosotros dependían muchos millones de personas. Nos considerábamos seres libres, que no consentíamos ser gobernados por nadie, pero que pretendíamos tener relaciones con todo el universo. Nosotros estábamos intentando implantar un nuevo sistema de convivencia, que no era bien mirado por el poder centralista de la Tierra. Alegamos que una serie de planetas no podían ser gobernados adecuadamente, mediante leyes totalitarias desde la gran distancia. Pero la Superioridad Terrena insistía en llevarnos la contraria.

Yo siempre había pensado que, de no surgir los mits, la Tierra hubiera terminado enviando sus flotas armadas hasta nuestros mundos para someternos.

A mi lado estaba sentado Mur, repasando los informes enviados desde los distintos departamentos de la nave. Todo parecía correcto. Se volvió hacia mí, asintiendo con la cabeza.

—Partida en diez segundos.

Se encendió una luz roja encima nuestro. En cada cabina, pasillo, dormitorio y cabina de fuego de la nave se habría encendido una luz igual. Todo el mundo tenía que estar dispuesto para la partida, para iniciar el largo vuelo por el espacio estelar.

Apenas estuvimos a unos veinte millones de kilómetros del planeta cuando ordené la inmersión en el hiperespacio. Habíamos necesitado dos días para alcanzar aquella distancia. Sonreí, divertido, pensando que, cuando estuviésemos navegando en el hiperespacio, recorreríamos una cantidad de distancia semejante en menos de dos horas.

Pasé la mayor parte del tiempo en el puente; incluso cuando Mur me relevaba, me quedaba un buen rato allí, conversando con él. Me sentía orgulloso poseyendo aquella nave. Sabía que todos me la envidiaban un poco. Era un gran crucero. Los mundos libres poseían una gran y moderna flota de cargueros y transportes, cosa que nunca agradó a la Superioridad. Nuestro intenso comercio con los Planetas de la realeza era intenso, mayor a cada día.

El *Argón* había llegado a mi planeta escasamente días antes que cayera Lladistar, el mundo que tenía fama, en la galaxia, de construir las mejores naves estelares. Lladistar pertenecía en cierta manera a la Superioridad, y fue uno de los mundos que primeramente atacaron los mits, después de romper el frente. A todos nos asombró un poco lo sucedido porque Lladistar siempre poseyó una gran fuerza armada. Pero la Tierra requirió aquellas fuerzas para defender otros sectores,

dejando indefenso prácticamente el planeta. El Alto Mando terrestre demostró una gran ineptitud en aquella ocasión. Lladistar se perdió, y nosotros, los Mundos Libres, nos quedamos sin suministros.

¿Acaso la Tierra consintió deliberadamente que Lladistar fuese conquistado por los mits para así dejamos sin nuevas naves? Aquélla era la pregunta que se hacían algunos jefes, que no dudaban en sospechar de todo lo que la Superioridad hacía, pensando que siempre adoptaba la postura que más pudiera perjudicarnos.

Lladistar, aunque pertenecía a la Superioridad, poseía algunos privilegios, cierta autonomía económica. Sus habitantes eran muy orgullosos al respecto, y nunca consintieron que los terrestres se inmiscuyeran en sus asuntos internos. Si ellos querían vendemos naves, lo hacían por encima de cualquier tipo de presión.

Naturalmente, muchos jefes pensaban que la Tierra nunca se arriesgaría a perder un planeta en manos de los mits, por el simple deseo de dejamos, por algún tiempo, sin recibir naves con las que seguir nuestro comercio. Yo estaba entre ellos. La Superioridad perdió mucho más que nosotros con la caída de Lladistar. Ellos también conseguían de ese planeta miles de naves para su armada, siempre necesitada, con la guerra, de nuevas unidades.

Una comisión estaba haciendo gestiones actualmente con uno de los mundos de la Realeza que, extrañamente, en lugar de intrigar contra sus vecinos, como era lo acostumbrado, se dedicaba en sus astilleros a construir naves. Por supuesto que los precios habían subido últimamente, pero no teníamos otra alternativa que acudir a ellos si queríamos seguir renovando constantemente nuestro material de navegación estelar.

Mientras se viaja por el hiperespacio, se está tranquilo. Sólo existía una probabilidad entre mil de ser detectados. Hice mis cálculos y estábamos atravesando una zona en donde las naves mits y de la Superioridad se disputaban el derecho de poseerla.

Cincuenta años luz más adelante no tendríamos otro remedio que surgir del hiperespacio y viajar a media velocidad lumínica para aproximarnos al sistema solar. No se puede viajar entre planetas cercanos a un índice superior a la luz.

De debajo de mi panel de mandos, de un cajón, saqué el sobre precintado que contenía el código con el cual debíamos identificamos, si éramos detenidos por alguna nave terrestre. El emisario de la Superioridad nos había asegurado que, con aquella clave, no podíamos

tener ningún problema para llegar hasta la Tierra… siempre que fuese alguna unidad mit la que nos interceptase, claro.

Estaba de guardia cuando el técnico en detección hizo sonar la sirena de atención. Hacía diez horas que navegábamos en el espacio normal, decelerando constantemente para alcanzar un tercio de velocidad lumínica.

—Objeto no identificado en cuadrícula RT-89. Distancia, diez mil kilómetros. Nos ha detectado.

Permanecí en silencio. Sabía que los hombres del puente me estarían mirando de soslayo. Mur, a mi lado, estaba tranquilo. Ambos sabíamos que, dentro de unos segundos, tendríamos más noticias respecto a aquel objeto. Los de detección no tardarían en ampliarnos detalles.

—No es una nave de la Superioridad, señor —dijo la voz, ligeramente alterada.

—Entonces debe ser mit —gruñó Mur.

El hombre de Comunicaciones me preguntó si debíamos emitir a la nave mit cuál era nuestra procedencia y nacionalidad.

—¿Para qué? —dije con aspereza—. En la zona que nos hallamos, para una nave mit cualquier otra nave es un enemigo.

—¿Entonces? —me preguntó Mur, sonriendo torvamente, como si ya adivinara cuál iba a ser mi respuesta.

—Zafarrancho de combate —respondí.

CAPITULO II

Me sentía molesto. Me hubiera gustado haber podido alcanzar la Tierra sin ningún incidente. Pero aquello hubiese sido una cosa rara. Forzosamente teníamos que recorrer una gran zona infectada de unidades de combate, tanto mits como de la Superioridad. Lo raro habría sido llegar hasta nuestro destino sin haber soportado ningún encuentro desagradable.

Intenté recordar todo lo que sabíamos acerca de los mits. No era mucho, pero en eso teníamos ventaja respecto a nuestros circunstanciales enemigos: ellos no sabían nada de nosotros, de nuestras tácticas de guerra.

Tener que luchar contra alguien que uno no consideraba como su enemigo aún no resulta agradable. Pero los mits no escucharían nuestros argumentos. No nos creerían si decíamos que sólo éramos una nave neutral con destino a la Tierra. Se limitarían a abrirnos fuego porque para ellos cualquier humano que estuviese en aquel lugar no podía ser sino un adversario.

Mur me dijo algo referente a que si combatíamos, los mits nos considerarían ya como enemigos.

—No temas por nuestra neutralidad. Si destruimos esa nave, lo haremos como si fuéramos de la Superioridad. En Mit nunca sabrán que hemos sido hombres libres —sonreí—. Y en el caso de que ellos nos destruyan a nosotros, apuntarán la victoria con un emblema de la Superioridad. Los Mundos Libres, en todo caso, quedarán al margen en este combate. Simplemente, tenemos que luchar porque no hay otra alternativa.

—He escuchado rumores referentes a que las cosas están muy mal para la Tierra. Miles de naves mits la tienen prácticamente sitiada —murmuró Mur—. Y parece ser cierto. Estamos muy cerca del Sistema Solar.

—No van los acontecimientos por buen camino para la Superioridad. Y los mits parecen haber adivinado que, si consiguen apoderarse de la Tierra, acelerarán el fin de la guerra.

Las pantallas frontales empezaron a encenderse. Varias de ellas mostraban la imagen de la nave mit ampliada varios miles de veces. La observé. Era extraña. Nunca había visto nada semejante. Pero a

pesar de su frágil apariencia, sabía que era poderosa. Una nave en el espacio no tiene por qué ser estilizada, de bellas líneas. Si no tiene que aterrizar ninguna vez en un planeta, puede adoptar la forma que desee y ser endiabladamente maniobrable.

En cambio, la mía poseía una bella estampa desde el exterior. Nosotros precisábamos que nuestras naves pudiesen posarse en los planetas, y las queríamos aerodinámicas, capaces de perforar una densa atmósfera sin dificultad alguna.

Me humedecí los labios, y puse todos mis sentidos en la lucha que estaba a punto de comenzar.

Las naves mits disponían de proyectores láser más o menos parecidos a los nuestros. También contaban con las pantallas energéticas para defenderse de los disparos contrarios. A pesar de ser una raza no humana poseían una técnica parecida a la de los humanos de la galaxia. Alguien había dicho que los mits nos estuvieron observando desde hacía mucho tiempo, que incluso adoptaron algunas de nuestras técnicas antes de lanzarse a la guerra contra la Superioridad. Hasta entonces, no habían atacado ningún mundo que no estuviese bajo el dominio de la Tierra. Aquello demostraba que eran buenos políticos. No pretendían enfrentarse contra la extensa gama de grupos de planetas galácticos. Sabían que la Tierra componía el grupo más poderoso de mundos, y querían aniquilar aquel poderío primero. Pero todos pensábamos que pretender apoderarse de la galaxia entera era un bocado demasiado grande para engullirlo, incluso aquella boca desmesurada que parecía ser Mit.

La nave mit había disminuido su velocidad, acercándola a los veinte kilómetros por hora, sobrepasando en un treinta por ciento el mínimo tolerable para poder maniobrar óptimamente en un combate. Aquella circunstancia hizo que el ceño se me contrajera. ¿Acaso los mits poseían unas técnicas bélicas que desconocía?

Consulté la distancia que nos separaba. Ya podía disparar mis armas. Estaban a nuestro alcance. Pero aquello supondría un derroche inútil de nuestra energía. Ellos podían activar aún su escudo antes que nuestro láser les alcanzase. Cambié unas rápidas impresiones con Mur. Estaba de acuerdo conmigo que debíamos acortar la distancia un poco más antes de disparar.

Claro que entonces nosotros podíamos caer en su trampa. Miré con recelo el gráfico de seguridad para emplear el escudo energético. Apenas nos quedaban treinta segundos. Después de ese tiempo, no habría tiempo material de alzarlo si los mits disparaban.

Pero también ellos se estaban acercando a un punto muy peligroso. Nosotros podíamos disparar en cualquier instante, y pasados los veinte segundos, ellos no podrían defenderse de nuestras descargas.

La cuestión se estaba planteando, al parecer, en ver quién se ponía nervioso primero.

Empecé a sudar. Los segundos fueron pasando demasiado lentamente a mi criterio. Quedaban quince, luego diez, cinco, cuatro y tres.

Cuando se llegó al segundo, pensando en alguna alteración en las mediciones y, sobre todo en la seguridad de mis hombres, hundí el botón que disparaba los cañones de proa. Al mismo tiempo envié la orden para que la coraza fuese activada.

Luego me relajé, esperando.

No podíamos hacer otra cosa que aguardar los acontecimientos.

Sabía que todo el mundo a bordo estaba pendiente de la veloz trayectoria de las descargas láser. Los finos trazos de luminosa destrucción avanzaron hacia el enemigo. La nave mit seguía adelante, a su encuentro, sin inmutarse.

Pensé que debí cometer algún error. ¿Qué esperaban esos monstruos para defenderse, para virar o activar su coraza?

Al mismo tiempo que acudía a mi mente una idea, volví a disparar otra andanada. Pero para hacerlo tuve que quitar nuestra coraza y volverla a colocar una vez disparado. Algunos me miraron, confundidos. Con mi acción había consumido una extraordinaria carga de energía, un derroche incalculable y precioso en aquellas circunstancias.

Pero los rumores de mi acción, provocados en un ambiente de tensión, quedaron pronto silenciados. Incluso Mur me estaba observando con gesto enfadado, tal vez preguntándose si yo tenía alguna noción de lo que podía ser un combate en el espacio.

En aquel instante, la primera andanada estaba dando alcance a la nave mit. Del enemigo surgió una cortina de dardos láser, que neutralizaron nuestro primer ataque. Sonreí.

Había imaginado que los mits tenían que usar una táctica parecida. En seguida lanzaron una tremenda andanada contra nosotros. Debían tener, al menos, treinta proyectores a proa. Tomé

buena nota de ello porque aquello indicaba que si nosotros nos íbamos a enfrentar contra ellos algún día, teníamos que incrementar nuestro fuego.

No había ningún problema contra aquel ataque masivo. Nuestra coraza podría detenerlo, aunque la dejaría tan debilitada que tendría que emplear el resto de nuestra energía en restaurarla, lo que supondría que no podríamos volver a realizar ninguna descarga antes de media hora... Y aquel combate no podía durar más que unos minutos. Ninguna lucha en el espacio duraba demasiado tiempo. Había que pensar rápido, y actuar con la celeridad del rayo.

Pero yo antes había ordenado una segunda descarga, que marchó detrás de la primera a corto tiempo. Los mits no esperaban aquello, sin duda. Ellos anularon nuestro primer ataque, y luego pasaron a la ofensiva. No detectaron la posterior andanada, que pasó junto a la suya sin encontrarse, a larga distancia, pero en dirección perfecta para dar al blanco.

Noté que en el puente de mando todos contenían la respiración. Nuestra segunda descarga llegaría a su nave antes que la de ellos se topase con nuestro escudo. Los mits no tendrían tiempo de volver a disparar.

Los trazos del láser chocaron en el centro de la extraña nave, parecida a una gigantesca araña negra. La dividió en ocho grandes trozos, que fueron explotando en medio de grandes fuegos rojos y azules, consumiéndose mientras duraba el oxígeno que se escapaba de los compartimientos estancia. Cuando el aire dejó de manar, la hoguera cesó al instante.

Mis hombres no pudieron contenerse y gritaron, jubilosos, en el puente de mando. Seguramente, en toda la nave ocurrían escenas parecidas. Yo sabía que habían dudado de mí, y no se lo reprochaba. Tampoco las tenía todas conmigo. Había jugado una baza que, por suerte, resultó acertada.

—Demonios, Olaf —resopló Mario—. Me has hecho pasar un mal rato.

—¿Crees que yo he estado tranquilo? —le repliqué, riendo un poco nerviosamente. Era mi primer combate real, a muerte. Hasta entonces, lo que sabía de la guerra de nave contra nave se limitaba a pura teoría.

—Cuando ordenaste la segunda descarga, desactivando el escudo, pensé que no sabías lo que estabas haciendo. ¿Cómo has podido

pensar lo que iban a hacer los mits?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Creo que, si hubiera tenido más experiencia, habría actuado de otra forma, cayendo en la trampa que nos estaban preparando —tomé al altoparlante y pregunté—: ¿Se ha grabado todo el combate?

—Sí, señor —respondió la, voz aún nerviosa del filmador.

—¿Para qué quieres la película? —preguntó Mario, esbozando una irónica sonrisa—. ¿Acaso vas a alardear cuando volvamos?

—No tanto —repliqué—. Esta batalla puede tener mucha utilidad para el Alto Mando de la Superioridad. Tal vez a causa de la técnica que usan los mits, se pierdan tantas naves humanas.

—¿Confías que te lo agradecerán?

—No me importa.

De nuevo el vigilante anunció:

—Naves en la cuadrícula NO-21. Son tres unidades tipo crucero.

—¿Identificación ?

—De la Superioridad. Se despliegan en orden de combate.

—Comuníquense con ellas y pásenmela tan pronto la obtengan.

—Sí, señor.

Un minuto después, del techo descendía, ante mí y Mario, una esfera de comunicación. En ella ya estaba el rostro preocupado de un oficial de la Armada de la Superioridad.

Me identifiqué y el oficial, después de presentarse como el comandante Smith, preguntó:

—¿Cuál es su punto de destino?

—La Tierra.

Escuché un gruñido.

—Esto es poco usual. No recuerdo que ninguna nave de los Mundos Libres haya llegado a la Tierra en los últimos tres años.

Abrí el sobre y le leí el código de prioridad absoluta. El comandante Smith tragó saliva y dijo:

—Lo siento, señor Harden. Esa orden, como verá, implica que le dé escolta hasta la Tierra, lo cual no puedo hacer.

—¿Por qué?

—Estamos en misión de urgencia, tan importante o más como su prioridad A. Buscamos una nave mit, que se ha infiltrado a través de nuestras defensas. Sospechamos que tenga la misión de atacar los satélites defensivos de la Tierra.

Esbocé una sonrisa.

—No se preocupe por esa nave, oficial. Si es la misma que nosotros acabamos de destruir, bien pueden ustedes regresar a la base con nosotros.

El rostro de Smith se quedó inmóvil unos segundos. Tuvo que tragar saliva para preguntar:

—¿Saben qué nave es?

—Mit, por supuesto.

—Pero... Es que se trata de un nuevo modelo, que esos condenados están utilizando desde hace unas semanas. Hemos perdido muchas unidades porque aún desconocemos qué clase de técnica usan.

—Pues me parece que yo puedo explicárselo, amigo. Hemos filmado todo el combate y, con gusto, le invitaré al estreno.

—No puede tratarse de la misma nave, no —insistió Smith.

Solicité una imagen estática, sacada a través de la pantalla. La coloqué delante de la esfera y dejé que el oficial la mirase.

—Por los profundos infiernos... Es verdad. Es una de esas malditas arañas negras que nos traen locos. No sabemos aún cómo se las componen para aniquilar a cuantas patrullas propias se encuentran. Rehúsan combatir con formaciones. Se sumergen en el hiperespacio y esperan pacientemente allí hasta que detectan una nave solitaria. Entonces atacan y... El combate sólo dura unos minutos, tiempo insuficiente para que nosotros podamos acudir en ayuda de quien está siendo atacado. Cuando llegamos al lugar de la lucha sólo podemos observar los restos de nuestras naves. Los mits han vuelto a perderse en el hiperespacio. Y así una y otra vez.

—Entonces celebro que hayamos podido acabar con su problema.

—No lo crea, señor. No está del todo superado. Son varios cientos de esas naves las que nos están creando una situación cada vez más peligrosa. ¿Cómo pudieron acabar con ella? Estoy observando, y su nave sólo dispone de unos proyectores en la proa...

—Es posible que hayamos tenido éxito porque no estábamos maleados con los viejos sistemas de combate. Es la primera vez que hemos combatido contra una nave mit, y quise utilizar algo nuevo.

—Pues tiene que explicarnos su truco.

—Lo haremos con mucho gusto, apenas hayamos aterrizado en la Tierra.

—Les daré los datos para que nos sigan, señor. Nosotros iremos abriéndoles camino.

El oficial estaba nervioso, exultante de alegría.

Apagué la comunicación después de dejar que mis ayudantes le enviaran los datos complementarios y recibieran las instrucciones de las naves de la Superioridad. Sonreí a Mario.

—No parece que hayamos tenido mal comienzo, amigo.

—¿Crees que nos lo agradecerán lo suficiente?

—Oh, vamos. Estás pareciéndote a Aistarh. Cuando las naves terrestres sepan cómo tienen que combatir a esas arañas negras, éstas dejarán de realizar incursiones.

—Es posible, sí. Pero los mits no creo que resulten muy afectados por este contratiempo.

—¿No?

—Pienso que se trata nada más que de una maniobra de distracción; deben estar preparando algo mucho más importante.

—Eso nos lo dirá el Jerarca... Si es que lo sabe.

—¿Supones que el propio Jerarca nos recibirá? —Eso decía el mensaje, ¿no? Y después del favor que les hemos hecho...

Mario se encogió de hombros.

CAPITULO III

La Tierra.

Cuántas veces he oído hablar de la Tierra, de sus varias veces milenaria historia, que se perdía en la noche de los tiempos. Tan dilatada era, que ya en muchos lugares de la Galaxia se dudaba que fuera la cuna de la raza humana. ¿Acaso tenían razón aquellos que afirmaban que los hombres no son originarios de la Tierra, sino que surgieron en diversos planetas galácticos al mismo tiempo?

De todas formas, la Tierra seguía siendo el ombligo de la galaxia, el centro regidor de los destinos de la mayor parte de los planetas, directamente o no.

Ese viejo planeta había formado el primer gran imperio-galáctico. Y no una sola vez, sino varias. Los vastos conjuntos de planetas que formó, alcanzaron su máximo esplendor, llegó la decadencia y la disgregación. Pero como un incansable ave fénix, la Tierra volvía a formar su imperio. Sólo cambiaba el sistema con que lo obtenía. Las tiranías se sucedían unas tras otras, hasta que los sistemas más liberales regresaban. El ciclo parecía eterno.

Las formas de gobierno se sucedían, y los hombres; pero la Tierra seguía siendo la preferida por cualquier clase de gobernantes para ejercer desde ella su poder, más o menos dictatorial, con mayor o menor programa democrático.

Varias veces parecía que la Tierra, agotada, contaminada, ensuciada, iba a ser abandonada definitivamente. Pero el Hombre sentía una gran nostalgia hacia aquel viejo mundo. Personas emprendedoras habían revitalizado varias veces su lacerada superficie, limpiando los océanos y ríos, purificando la enrarecida atmósfera.

La Tierra volvía a su esplendor juvenil constantemente, seguía así algún tiempo, para volver a caer en la desidia y el abandono.

Ahora, la Tierra, una vez más, era la capital de la Superioridad, el centro administrativo de aquella organización de ligera tendencia liberal, que se llamaba a sí misma heredera de los más libres pensamientos de los viejos hombres del planeta.

La Superioridad, como otras tantas doctrinas políticas, estaba degenerando lentamente en un grupo de tecnócratas. Pero de eso no

se daban cuenta los ciudadanos propios, sino que era observado desde los lejanos planetas, denominados Mundos Libres.

Ahora, el gran imperio creado por la Superioridad, surgido del caos producido por las Guerras Galácticas, se enfrentaba a su más dura prueba.

Inesperadamente, había surgido una raza en los lindes de la galaxia, que había detenido el avance colonizador sobre zonas inexploradas de los hombres de la Superioridad.

Los mits, desconocidos hasta entonces, rechazaron las ofertas de paz de los hombres, e iniciaron una guerra que ya duraba más de treinta años.

Al principio, parecía que sólo iba a tratarse de un conflicto desarrollado a millones de pársecs de la Tierra, pero, con el paso de los años, el frente se iba acercando a los núcleos de la Superioridad. Los terrestres se replegaban constantemente, mostrando indicios de agotamiento, en aquella larga guerra de desgaste.

Los mits estaban llegando, después de prolongar la larga cuña de penetración, hasta los límites de seguridad del mismo Sistema Solar, dejando atrás, despreciativamente, cientos de mundos pertenecientes a la Superioridad, que difícilmente podían defenderse ellos solos.

Recibí instrucciones de aterrizar en los desiertos bosques siberianos, a unos quinientos kilómetros de la ciudad más cercana. Desconocía el lugar ni lo que había allí. Pero supuse que se trataba de una base, apenas conocida.

Siguiendo las instrucciones de los satélites artificiales, que prácticamente dirigieron nuestro aterrizaje, nos posamos a unos centenares de metros de unas altísimas montañas, que no sabía cómo se llamaban.

De la ladera rocosa surgieron unos vehículos enormes, que se deslizaban pesadamente. En seguida adiviné cuál era su cometido. Ellos se encargarían de ocultar al *Argón* en el interior de las montañas.

Di instrucciones a mis hombres, encargando del mando a mi segundo, Deneh. Quería que Mario me acompañase.

Mientras me conducían en un deslizador de superficie hacia el interior de las montañas, observé cómo mi crucero era ocultado detrás de unos grandes hangares excavados en la roca.

Nos acompañaron cuatro serios oficiales, que sólo cambiaron con

nosotros unas escuetas frases protocolarias.

Después de recorrer varias millas de corredores subterráneos, nos dejaron en una sala tan grande como un estadio. Los miles de personas que por ella circulaban, entrando o saliendo de las centenares de puertas, me parecieron hormigas, ocupadas en los quehaceres cotidianos de un inmenso hormiguero.

Una bella chica, vistiendo el uniforme pardo de la Armada de la Superioridad, y luciendo sus insignias de teniente, acudió a nuestro encuentro, apenas los oficiales que nos condujeron allí se despidieron de Mario y de mí, con unos fríos saludos militares.

—Hola, bien venidos —dijo la chica, compensándonos, con su agradable sonrisa, la fría acogida que hasta entonces habíamos tenido —. Soy la teniente Dora Dash. ¿Quiere seguirme?

Anduvimos detrás de su contoneante figura, admirándola en silencio. Entramos en un ascensor que inmediatamente se puso en marcha, en el más profundo silencio. No pude adivinar si subíamos o bajábamos.

Cuando se detuvo, entramos en un despacho amplio, con grandes ventanas al fondo, a través de las cuales se extendía un bello paisaje, lleno de árboles y flores.

Avancé, sorprendido ante aquello. Hubiera jurado que debimos haber bajado unos centenares de metros. A mi lado, la teniente Dora volvió a sonreír, y explicó porque debió ver mi expresión asombrada:

—Se trata de una visión tridimensional. El Jerarca sufre de claustrofobia, y las ventanas le ayudan a permanecer mucho tiempo aquí, sin necesidad de drogas para combatir su padecimiento.

¡El Jerarca! El máximo poder de la Superioridad era quien iba a recibirnos, tal como aseguraba el mensaje. Miré a Mario, como queriéndole decir con los ojos que se había excedido, esta vez, con sus desconfianzas.

Mario se encogió de hombros, y disimuló, aparentando mirar hacia otro lugar.

—Les recibirá inmediatamente —dijo Dora. No tenía que decir quién. Nosotros habíamos comprendido.

Nos condujo hasta unas butacas que formaban un pequeño círculo ante una diminuta mesita de cristal, con algunas botellas de licor, copas y cigarros.

—Celebro que hayan llegado felizmente, caballeros.

Nos volvimos ligeramente, y nos pusimos en pie como impelidos por un resorte. Un hombre de estatura mediana, delgado y de piel oscura, se dirigía hacia nosotros. Sus delgados labios intentaban dibujar una sonrisa, y con tan poca fortuna que sólo consiguió una mueca.

—Señor... —empecé a decir, un poco nervioso. No me habían aconsejado cómo tenía que dirigirme hacia el Jerarca.

—Siéntense, por favor. Ya conocen a mi ayudante, la teniente Dash. ¿Desean beber algo?

Dije que sí porque verdaderamente estaba necesitando algo fuerte. Elegí whisky. Siempre deseé probar el whisky de la Tierra. Por los Mundos Libres se aseguraba que era el mejor del Universo. Mario también quiso lo mismo. El Jerarca pidió a Dora que le sirviera su bebida acostumbrada. No supe lo que era, porque la teniente llenó una copa con un líquido oscuro y brillante a la vez.

—Me han informado de su encuentro con la nave mit, señores —dijo el Jerarca pausadamente—. ¿Les sería muy molesto relatarme cómo sucedió?

—He entregado una copia de la grabación al oficial Smith, además de un relato mío, Jerarca —dije, intentando reflejar cansancio en mi voz.

El Jerarca entendió.

—Bien —dijo—. En ese caso, solicitaré que me proyecten la batalla, más tarde. Ahora, debemos ocuparnos de otro asunto más importante.

Miré con el ceño fruncido a mi alrededor.

—¿Busca algo, jefe Olaf? —me preguntó el Jerarca.

—Siempre me había imaginado esta entrevista de distinta forma...

—¿Y...?

—No sé —dije—. Tal vez pensé que estaría rodeada de cientos de consejeros de la Superioridad.

—Yo soy la Superioridad, jefe Olaf. Es cierto que existen esos consejeros, pero ellos y yo ya hemos llegado a un acuerdo de lo que

debo contarle a usted y su compañero.

—¿Está autorizado plenamente?

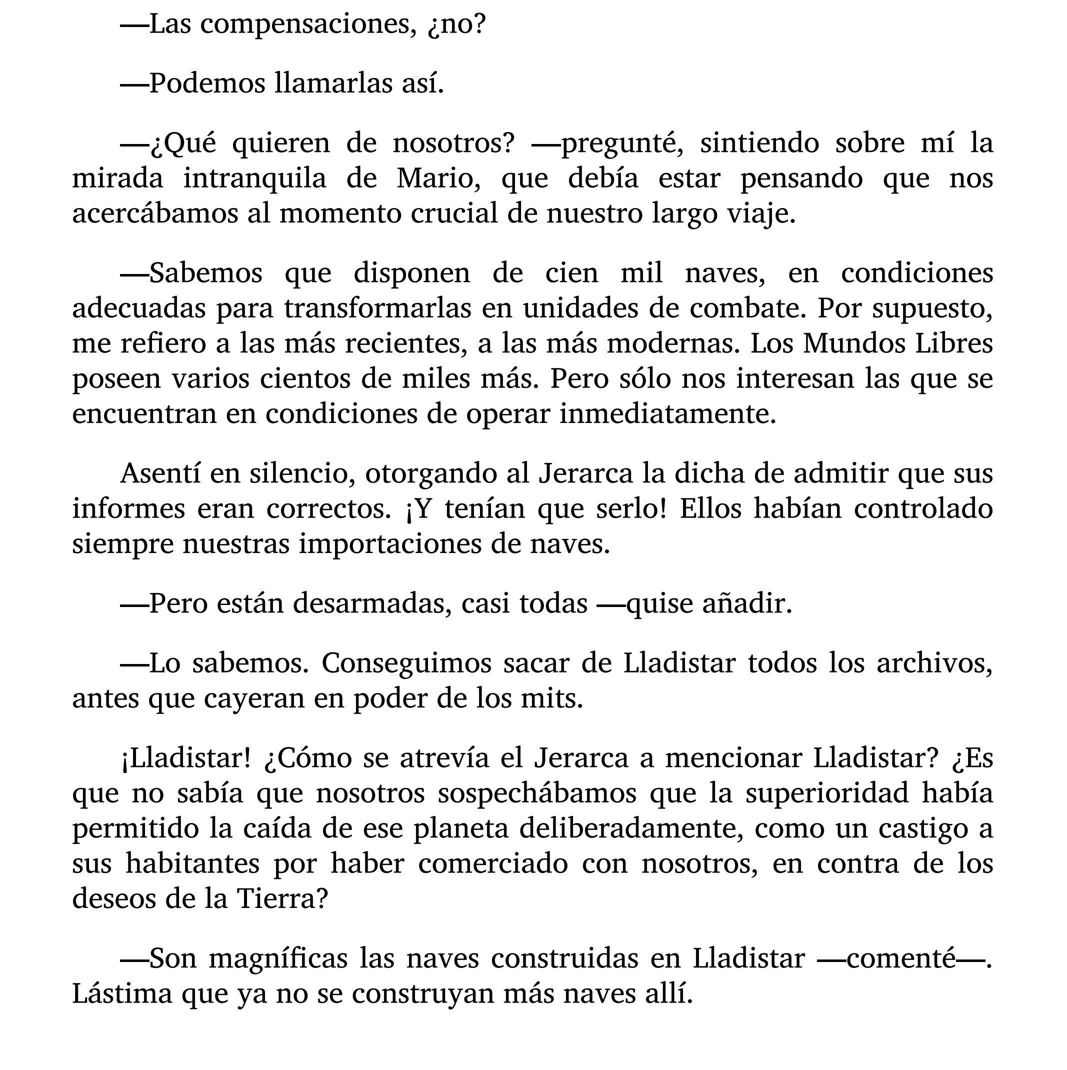
—Por supuesto.

—Entonces, adelante.

—Los jefes de los Mundos Libres ya saben que la Superioridad pretende su ayuda, su colaboración total en esta larga guerra que sostenemos contra los mits.

—Es obvio que pensemos tal cosa, Jerarca.

—Cierto. El mensaje ya anticipaba algo. Ahora, tenemos que concretar el tipo de ayuda que necesitamos de ustedes y...



—Las compensaciones, ¿no?

—Podemos llamarlas así.

—¿Qué quieren de nosotros? —pregunté, sintiendo sobre mí la mirada intranquila de Mario, que debía estar pensando que nos acercábamos al momento crucial de nuestro largo viaje.

—Sabemos que disponen de cien mil naves, en condiciones adecuadas para transformarlas en unidades de combate. Por supuesto, me refiero a las más recientes, a las más modernas. Los Mundos Libres poseen varios cientos de miles más. Pero sólo nos interesan las que se encuentran en condiciones de operar inmediatamente.

Asentí en silencio, otorgando al Jerarca la dicha de admitir que sus informes eran correctos. ¡Y tenían que serlo! Ellos habían controlado siempre nuestras importaciones de naves.

—Pero están desarmadas, casi todas —quise añadir.

—Lo sabemos. Conseguimos sacar de Lladistar todos los archivos, antes que cayeran en poder de los mits.

¡Lladistar! ¿Cómo se atrevía el Jerarca a mencionar Lladistar? ¿Es que no sabía que nosotros sospechábamos que la superioridad había permitido la caída de ese planeta deliberadamente, como un castigo a sus habitantes por haber comerciado con nosotros, en contra de los deseos de la Tierra?

—Son magníficas las naves construidas en Lladistar —comenté—. Lástima que ya no se construyan más naves allí.

—No, no se construirán más naves en Lladistar. Todas las instalaciones fueron destruidas. Se evitó que sus magníficos astilleros cayeran en poder del enemigo. ¿Sabía usted, jefe Olaf, que, a causa de esa derrota, tuvimos que abandonar nuestras líneas en las Hespérides? En el momento del ataque a Lladistar, había allí cincuenta mil grandes cruceros, que teníamos que recoger días después. Todo se perdió. Desde entonces, no hemos podido detener a los mits.

Me envaré, y quise adivinar tras la despejada frente del Jerarca si me estaba mintiendo. Si la Superioridad no había dejado que Lladistar pereciese, es que los mits eran más inteligentes de lo que suponíamos. Ellos habían derivado ostensiblemente del frente de ataque, alejándose de la ruta que seguían sólo para acabar con el importante foco de aprovisionamiento que era Lladistar. Tal vez tuviesen eficientes medios de información entre los mundos de la Superioridad, un sistema de espionaje, que los humanos ni siquiera podían imaginar implantar en los planetas enemigos.

—Sabemos poco del curso de la guerra, Jerarca.

El hombre sorbió otra porción de su extraño licor.

—La verdad es poco conocida, jefe Olaf —dijo—. Hemos tenido que adoptar medios extraños para evitar el pánico entre nuestras ciudades. Desde hace años, todo marcha demasiado mal para tener esperanzas en una victoria postrera. De cada diez batallas, perdemos una. Y, al final, la guerra también la perderemos.

Aquello no me gustó. El pueblo siempre debía saber lo que estaba sucediendo, lo que pasaba con sus hombres en el frente.

El Jerarca pareció adivinar, por el brillo de mis ojos, lo que pensaba. Debía tener cuidado con él al hablar, al mover mis músculos faciales.

—El miedo puede ser nuestro peor enemigo, jefe Olaf. Ya existe demasiado. La gente huye de los mundos de la Superioridad. Los que poseen medios económicos, alquilan naves mercenarias, que acuden de todas partes de la galaxia en busca de negocios. Cobran fortunas por llevar familias a planetas que, por ahora, están libres de la amenaza de los mits, que no pertenecen a la Superioridad, en la creencia absurda que allí vivirán en paz, aun después de nuestra derrota. ¡Ilusos! ¿Es que no se dan cuenta, en toda la Galaxia humana que cuando el último reducto de la Superioridad caiga en poder de los mits, ellos serán los siguientes?

—Sugiere que los mits, primero, intentarán conquistar la

Superioridad, y luego toda la galaxia, ¿no?

—No es una teoría, sino una realidad. Así será. Por eso, jefe Olaf, los Mundos Libres no deben dudar en poner sus armas a nuestro lado, a combatir, hombro con hombro, contra Mit.

—¿Quiere rebajar el precio? —pregunté, sonriendo.

—No, de ninguna forma. Sabemos que ustedes piensan que ésta no es su guerra, y que podrán vivir tranquilos, cuando acabe. Como no hay otra forma de convencerles, queremos que nos digan qué desean a cambio de poner a nuestro servicio cien mil naves y doscientos millones de hombres.

—Es una cifra fabulosa —dijo Mario—. Eso significaría reducir nuestro comercio a menos del cincuenta por ciento.

—Sabemos que pueden formar ese ejército.

—No tenemos proyectores láser, ni instalaciones de coraza suficientes para equipar todas las naves.

—Nosotros tenemos problemas de naves y hombres para tripularlas, pero en cambio poseemos sobrantes de proyectores y corazas energéticas. Podemos trasladar todo el equipo a los Mundos Libres en un mes, por medio de viejos, pero eficaces cargueros. Si ustedes trabajan rápidos, sólo necesitarán otro mes para disponer las naves para la lucha. En resumen, antes de ochenta días, su flota puede estar en el borde del Sistema Solar.

—¿Y qué obtendremos a cambio dé nuestra ayuda? —insistí.

—El reconocimiento, por parte de la Superioridad, a la libertad de sus planetas.

Miré a Mario. Descubrí, en el fruncido de sus ojos, la duda. Aquello era más de lo que esperábamos, y se nos prometía sin discusión alguna. Si la Superioridad pensaba mantener su palabra cuando llegara la paz, sólo podía significar que la situación era desesperada para ellos.

—¿Confían en ganar la guerra, con nuestra colaboración?

—No.

La respuesta del Jerarca no podía ser más incongruente.

—¿Qué esperan, entonces? —pregunté, rabioso.

—Prolongar la guerra.

CAPITULO IV

Mario se levantó, enfurecido. Yo quise aparentar serenidad, pero interiormente sentía deseos de gritar. Mis palabras debieron sonar roncas, cuando dije:

—¿Y sólo para prolongar una maldita guerra, quieren que demos doscientos millones de hombres y cien mil naves? ¿Qué pasará después? Porque sus palabras indican que no tienen la menor esperanza de ganar a los mits, combatiendo en el espacio y luchando en cada planeta.

—Así es, señores —admitió el Jerarca, sin perder un ápice de su serenidad.

Me derrumbé en el sillón, y Mario lo mismo, a una indicación mía. Deslicé la mirada hacia la teniente Dora Dash. Asistía a la entrevista como mera espectadora, silente y serena.

—No lo entiendo...

—Lo comprenderán en seguida. —El Jerarca hizo un gesto a la chica, quien prestamente se levantó y caminó hasta una larga mesa llena de mandos. Manipuló en ellos, y una sección de la pared más cercana se encendió, mostrando un extenso mapa galáctico.

Lo observamos. Era familiar. Representaba nuestra galaxia, o al menos una buena parte de ella. En el centro había numerosos puntos azules que brillaban.

—Los soles azules indican porciones de la Superioridad —dijo el Jerarca—. Los pequeños grupos de estrellas verdes son los mundos de la Realeza. Un poco más abajo están las amarillas estrellas de los Mundos Libres. Las de otros colores son distintos planetas humanos, no integrados a ningún grupo o ideología, que no tienen la menor importancia ahora. Como verán, la Humanidad sólo ocupa una trigésima parte de la galaxia, y, a pesar de eso, estamos muy diseminados. —Se encendió una luz roja en el extremo izquierdo—. De ahí surgieron los mits. Empezaron a atacarnos de improviso, y pronto lograron sus primeras victorias.

Una centésima parte de las luces azules, situadas en la parte superior del mapa, se transformaron en rojas.

—Ganaron mucho terreno en unos años, esos diablos monstruosos

—siguió explicando el Jerarca—. Pero eran mundos casi deshabitados, que estábamos preparando para futuras colonizaciones. Cuando quisimos reaccionar y poner en acción toda nuestra capacidad, los mits ya habían comenzado su penetración hacia el centro de la Superioridad. Su avance formó un agudo triángulo, que se dirige aún ahora hacia la Tierra. Sólo por una vez, cuando conquistaron Lladistar, se alejaron un poco de su trayectoria. Pero la han reanudado de nuevo, y los tenemos a pocos pársecs del Sistema Solar. —Mientras el Jerarca había estado hablando, los puntos rojos iban ganando terreno a los azules que disminuían cada vez más rápidamente—. Hace años, llegamos a una desesperada conclusión: no podíamos ganar la guerra. Eso nos dijeron nuestros cerebros electrónicos. Somos incapaces de poner naves en el espacio al ritmo que nos las destruyen. Aunque no poseemos datos originales del potencial bélico mit, por la cadencia con que esos seres nos atacan y el número relativo de sus naves en combate, hay que pensar que ellos pueden reponer sus bajas con suma facilidad. E incluso aumentar el número de unidades que destruimos.

»Una guerra tan larga como ésta se transforma en un conflicto de desgasté, que sólo puede ganar aquel que tenga más reservas. Y son los mits quienes parecen disponer de inagotables medios.

Me moví, inquieto, en mi sillón.

—Sigo sin comprender qué podemos solucionar nosotros. Por supuesto, me niego a aceptar un compromiso semejante.

—Vamos, jefe Olaf —el Jerarca sonrió—. No sea ingenuo. Usted estuvo a punto de aceptar, cuando le he ofrecido garantías para que sus mundos sean independientes totalmente. ¿Es que no comprende que yo he podido omitir nuestra creencia de que no lograremos ganar la guerra, si seguimos usando el sistema actual, ni siquiera con su ayuda? Ya le he dicho que la entrada a nuestro lado de sus fuerzas sólo nos permitiría un corto respiro de unos cuatro meses. Contendríamos el avance mit por ese tiempo, impidiéndoles apoderarse del Sistema Solar.

—¿Y qué se ganaría?

—Tiempo. Lo más precioso, ahora, para nosotros, jefe Olaf. Cuando hicimos los cálculos, hace años, y supimos que la marcha de la guerra estaba mostrando signos de futura e inminente derrota, decidimos que había que buscar un medio definitivo y total para acabarla, prescindiendo de los sistemas convencionales.

—Será mejor que nos vayamos, Olaf —dijo Mario—. La Asamblea nos dirá que hemos perdido el tiempo, escuchando a este hombre.

No me moví. Presentía que aquel hombre tenía que decirnos algo más.

—Tengan paciencia —dijo el Jerarca—. Sin su ayuda, la colaboración de los Mundos Libres, los mits habrán ganado la guerra en menos de tres meses, conquistando hasta el último planeta de la Superioridad porque, cuando caiga la Tierra, todos los demás mundos se rendirán. El resto del conflicto será, para nuestros enemigos, un paseo militar.

—¿Es que nuestra ayuda sólo servirá para que puedan combatir otros dos meses más?

—Sí. Queremos prolongar la guerra, exactamente, cuatro meses. Si lo logramos, podemos destruir totalmente a los mits —y las palabras del Jerarca sonaron seguras.

—Doscientos millones de hombres y cien mil naves para prolongar la guerra unos días —murmuré—. No lo entiendo. ¿Por qué ese sacrificio? ¿Para conseguir una libertad que podemos obtener sin tantas pérdidas nuestras?

—Repito que los mits, una vez que nos venzan, atacarán los Mundos Libres y los de la Realeza, o viceversa. Además, no todas sus fuerzas tienen que perecer. Hemos calculado que sufrirán unas pérdidas del veinte por ciento, como mucho. Cuando sus naves lleguen al frente, aún habrán combatiendo un millón de las nuestras. Necesitamos esas cien mil para tapar brechas, para tenerlas en retaguardia, si fuera preciso. Es un margen de seguridad, que precisamos ampliar. ¿Lo entienden? En el mejor de los casos, es posible que incluso no tengan que intervenir en un solo combate. Todo radicará en…

—¿En qué, Jerarca?

—Los mits no pueden ser vencidos por medio de una guerra como la que estamos sosteniendo. Ellos no son humanos; son distintos a nosotros. Pueden combatir cien días seguidos, sin sentir fatiga.

—Nunca he visto un mit —dije.

—Yo le puedo enseñar cómo son. Después. Durante años, hemos estado dedicando nuestros mayores esfuerzos en buscar un arma definitiva, contra la cual los mits no puedan defenderse. Y esa arma la

tendremos en cien días más. Por eso necesitamos tiempo para poder vencer. Y lo haremos, si ustedes nos ayudan.

Hice una mueca de hastío.

—¿Qué garantía pueden tener con un arma que ahora ni siquiera existe, que sólo está en la mente de algunos científicos o las mesas de dibujo?

El Jerarca asintió.

—Es lógica su postura, señores. ¿Quieren seguirme?

Le seguimos.

* * *

Nos llevó, primero, a un ascensor que debió conducirnos a varios kilómetros de profundidad. Nunca pude imaginar que algún día bajara tanto en las entrañas de un planeta. Lo que había abajo, me dejó asombrado.

Grandes salas, llenas de gente que trabajaban absortas en gigantescas computadoras, que ni siquiera se volvían para mirarnos cuando entramos y pasábamos ante ellos, formaban un todo capaz de dejar a uno sin habla.

La teniente Dash nos introdujo en una estancia que medía más de cincuenta metros de larga por veinte de ancha. Al fondo, vimos dos hombres inclinados sobre una serie de aparatos, que los empequeñecían.

Anduvimos hasta ellos, y el Jerarca nos los presentó. El más viejo se llamaba Busses, y el otro, de mediana edad, Amir. Ambos vestían batas blancas, y parecían cansados, como si llevaran trabajando demasiadas horas sin descansar.

—Son jefes de los Mundos Libres, Busses —dijo el Jerarca—. Te ruego que les hagas una demostración.

Busses miró unos controles de su máquina. La miré. No me gustó porque la veía imperfecta, como un prototipo con un destino inconcreto.

—Esperemos unos segundos para acumular suficiente energía —dijo Busses.

Mientras tanto, su compañero Amir había tomado una esfera de

piedra de las varias que había apiladas a un lado, y se dirigió hacia el otro extremo de la estancia, por donde habíamos entrado. Allí la colocó sobre un soporte metálico. Regresó junto a nosotros, y ayudó a Busses en el complicado aparato.

Cambié una mirada interrogante con Mario, que se limitó a encogerse de hombros, como queriéndome decir que él tampoco entendía nada.

—Disponemos de energía, Busses —dijo Amir.

Entonces, Busses dirigió contra la retirada esfera de piedra una especie de cañón, del que surgían diversas conexiones, que terminaban alojándose en la extraña máquina. Apretó un dispositivo.

Escuchamos un penetrante zumbido. Del cañón no surgió nada parecido a una proyección láser. Apenas percibí una expansión de aire caliente.

Pero cuando miré hacia la esfera, sólo encontré el soporte metálico.

—¿Un nuevo tipo de láser? —pregunté al Jerarca.

Este hizo una indicación a Busses, para que nos explicara.

—De ninguna manera. El láser hubiera perforado la roca o cortado en dos, si el cañón hubiera hecho un giro leve.

—¿Entonces?

—Esto es simplemente un prototipo, señores —resopló Busses. Noté su mirada fatigada, y, por el tono de su voz, sin el menor deseo de contar nada—. Unas pruebas y podremos construir el arma definitiva. Hasta ahora, nuestro problema ha sido la energía precisa para hacer funcionar lo que podemos llamar «Traslator».

—¿Por qué ese nombre?

—Muy sencillo. Ustedes han pensado que hemos desintegrado esa roca, ¿no es así?

Tuvimos que admitir que así era.

—De ninguna manera —dijo Busses—. Hemos enviado la roca a otra dimensión.

—¿A qué dimensión?

Busses se encogió de hombros.

—Eso todavía no lo sabemos. A algún lugar del espacio, tal vez. A un plano espacio-temporal distinto al nuestro. Podemos hacer regresar la roca, pero nunca sabremos dónde estuvo. Mejor dicho, podemos hacer volver las partículas que la cubrían, incluso; pero nunca hacer que el proceso sea reversible.

Escuché gruñir a mi lado a Mario.

—¿Es ésta el arma?

Busses me miró, ofendido.

—¿Es que no lo ha comprendido? —inquirió.

Tuve que reconocer que no del todo.

—Es bien simple. Para poder actuar con los láseres, tenemos que situar nuestras naves como mínimo a una distancia de medio año luz de los mundos mits, lo cual es imposible.

—Yo no lo veo así —dije.

—Oh, sí. Las naves pueden alcanzar ese punto, si actúan sigilosamente, pero apenas estén unos minutos dirigiendo sus armas contra los planetas enemigos, acuden las fragatas defensivas mits. ¿Qué podemos conseguir bombardeando con finos rayos láser las enormes superficies de una docena de mundos? Nada. Es como querer secar el océano, utilizando cubos.

—Pero quedan los proyectiles nucleares...

—Claro que sí —rió Busses, con sorna—. ¿Sería usted capaz de llegar hasta un millón de kilómetros de algún planeta mit, esperar allí los minutos precisos para tomar puntería, y disparar el misil? Antes que hubiera apretado el botón, tendría encima una escuadra enemiga, que le destrozaría.

—¿Qué esperan obtener con el «Traslator»?

—Podemos situarnos a unos cien años luz de los planetas mits, y enviarles el cono energético que les mandará a otra dimensión. El cono es mil veces más rápido que la luz. ¿Comprenden ahora?

—Lo siento, pero no del todo —dije, ganándome la mirada furibunda de Busses. Incluso Amir soltó una imprecación—. Admito que he visto desaparecer una esfera de piedra. Y también les creo si

me dicen que está en otra parte que no saben cuál es. De acuerdo, Pero no es lo mismo hacer algo parecido con todo un planeta.

—Es lo más sencillo. La esfera pétrea estaba aislada del soporte, por un campo magnético imperceptible —dijo Amir—. El cono sólo tiene que tocar una de sus partículas para iniciar una reacción en cadena instantánea, que hace que la esfera completa sea transportada a… digamos lugar Equis.

Sentí un estremecimiento,

—Esto es demasiado peligroso —dije—. ¿Qué pasaría si la esfera no estuviera aislada del soporte que proporciona unos centímetros de separación?

Busses abrió los brazos e hizo un gesto determinante,

—¡Puff! Toda la Tierra estaría ahora en los mismos infiernos, si el lugar Equis está allí. Pero no se preocupe. Hemos tomado todas las precauciones. Incluso esta estancia está aislada del resto de la base, de la montaña.

—Vaya; ya estoy más tranquilo —dije, irónico.

El Jerarca se puso delante de nosotros. Nos miró y dijo:

—¿Comprenden ahora por qué necesitamos resistir más tiempo? El «Traslator» puede estar terminado en cuatro meses. Con nuestras fuerzas, apenas podremos resistir más de dos meses, pero con la ayuda de los Mundos Libres alcanzaremos el plazo que los científicos precisan para terminar el arma definitiva, montarla en una nave y transportarla esos malditos mundos a un lugar donde nunca más puedan ser una amenaza para nosotros, para la Humanidad. ¿Cuál es la decisión de la Asamblea?

Aspiré hondo. Había llegado el momento de la verdad. Ahora era cuando tenía que actuar como un político, el papel que menos me gustaba interpretar.

—Quiero ver cómo es un mit.

El semblante del Jerarca se endureció.

—¿Y después que lo vean?

—Entonces volveré con los míos. Transmitiré a la Asamblea la propuesta de la Superioridad. Incluso firmaré un acuerdo previo, que entrará en vigor tan pronto como mis compañeros lo sancionen.

—Eso significaría perder mucho tiempo —dijo el Jerarca—. Ordenaré que los cargueros con el material preciso para que equipen sus naves les acompañen.

—La Asamblea puede rechazar el acuerdo —recordé.

—Entonces, volverán. Pero si acepta, no puedo correr el riesgo de perder un tiempo precioso.

—Está bien. Se hará así.

—Magnífico —asintió el Jerarca—. Ahora la teniente Dash les acompañará a ver nuestro precioso ejemplar mit. Dentro de dos horas, les espero en mi despacho para la firma.

CAPITULO V

La teniente nos acompañó otra vez por una serie de aburridos corredores. Entramos y salimos de varios ascensores, y terminé perdiendo mi sentido de orientación. Ya no sabía si estábamos cerca de la superficie o, por el contrario, aún más hundidos en la tierra.

Cuando llegamos, por fin, a una estancia sellada por una pesada puerta de acero, Dora utilizó varios códigos digitales para abrirla. Entramos y me llevé la mayor desilusión de mi vida. Creo que Mario aún se sintió más defraudado.

Había esperado poder observar al mit tras los barrotes de una jaula, provista con todos los ingenios imaginables para impedir su fuga, rodeada de soldados armados hasta los dientes, que no le perderían un solo segundo de vista.

Pero lo único que vimos fue una especie de estatua de cerca de dos metros de altura, colocada sobre un basamento de hormigón.

—¿Qué diablos es esto? —espeté.

Dora se volvió para mirarme, sorprendida.

—¿Qué sabe acerca de los mits?

—Apenas nada.

—Lo imaginaba. Ustedes, los hombres de los Mundos Libres, ignoran muchas cosas, tal vez afortunadamente para sus ciudades. —Dora tenía un marcado gesto de hostilidad—. Nosotros hemos tenido que aprender acerca de esos monstruos, pasando por un sangriento aprendizaje. No se puede conservar el cadáver de un mit.

Avancé unos pasos y miré atentamente aquella figura, producto de un maravilloso trabajo de los más concienzudos taxidermistas. .

El mit poseía los mismos miembros que un ser humano, pero las piernas muy cortas y los brazos largos. Lo peor era su rostro. Poseía una expresión sanguinaria, diabólica. Pese a que posiblemente habían intentado darle una sensación de naturalidad, estaba seguro de que no endurecieron sus rasgos con fines propagandísticos. Todo el cuerpo estaba cubierto por una especie de capa de polvos azules. Yo sabía que la piel de los mits era oscura, de un negro sucio. El azul le hacía aparecer aún más repugnante.

La boca era grande, con enormes colmillos salientes, que llegaban a casi tocar donde estaba una diminuta nariz. Pensé que un mit vivo debía causar miedo al más valiente de los hombres. Sus ojos, rojo intenso, parecían aún contener una vida dedicada a la destrucción.

—Creí que estaría vivo —dije. En aquel momento, me alegré que el mit no lo estuviera. Prefería contemplarlo en aquel estado.

—Ningún mit se deja atrapar vivo. Lo poco que sabemos de ellos, de la forma que viven, lo hemos obtenido con mucho esfuerzo, a través de largos años de estudios y paciencia. Además, cuando un mit muere, su cuerpo se desintegra a los pocos segundos. Hace unos años descubrimos un producto que los conserva por espacio de unos meses. Es ese polvo azul que cubre el cuerpo. Pero este ejemplar no durará más de cinco o seis meses. Fue capturado el año pasado, y tratado a tiempo para que no se suicidase y desapareciera ante los ojos de quienes le apresaron.

»Existen otros ejemplares en la Superioridad aún, repartidos en varios centros de estudios. Hace dos años tuvimos la suerte de poder atrapar a unos mits, procedentes de los planetas secundarios. Como aún no estaban en avanzado estado de adoctrinamiento, los científicos consiguieron sacarles bastante información, antes que ellos mismos se automatasen.

Escuché, asombrado, las palabras de Dora. Todo aquello lo ignoraba. En los Mundos Libres, apenas se sabía nada de los poderosos enemigos de la Superioridad.

—¿Qué quiere decir con los planetas secundarios?

—Los mits tienen un sistema de vida muy extraño. La mayor parte de sus planetas están habitados por una clase inferior, casi sin inteligencia, que se dedica a producir alimentos y sacar de las minas las materias primas. También de esos mundos obtienen los soldados, que luego acondicionan para que luchen fanáticamente en las naves o tropas de desembarco. Existen cinco o seis planetas poblados por élite mit, de donde surgen los jefes y planificadores de la guerra. Allí son terminadas las naves espaciales y toda clase de armas que los mits secundarios preparan, en las grandes factorías.

—Nunca hubiera sospechado algo semejante —reconocí—. Siempre pensé en los mits como unos seres plenamente desarrollados. No sabía que existieran dos razas...

—No son dos razas, sino una sola. Lo que ocurre es que los privilegiados debieron decidir, hace tiempo, que precisaban de

millones de seres capaces de obedecer sin protestar, y prepararon esas masas incultas. Cuando les interesan, extraen de ellos los elementos que precisan. Deben ser capaces de hacer magníficos soldados de mits que hasta entonces sólo servían para el cultivo o trabajar en las minas. Hasta sospechamos que los jefes y oficiales son preparados de esa incalculable materia prima. Los planetas donde viven los regidores apenas suman varios millones de seres, mientras que los secundarios están repletos, con miles de millones.

»Además, los mits poseen dos sexos, y se reproducen a voluntad. Un mit puede alcanzar la madurez en cinco de nuestros años. ¿Comprenden ahora por qué estamos perdiendo la guerra? Nosotros necesitamos veinte años para hacer un soldado. Y no todos pueden ser valientes y eficaces. Los mits poseen un soldado o un navegador en cinco años, y calificado para la misión que sea precisa.

—Voy comprendiendo —dije.

Volví a mirar aquella estatua que una vez tuvo vida y sólo pensaba en combatir, sin sentir cansancio y sentimiento alguno, cuando arrasaba una ciudad humana. Contra aquel tipo de tropas, era difícil sostener una larga guerra.

Me pregunté si aquel mit había nacido en un planeta secundario, transformado posteriormente para alguna misión de guerra concreta o fue parido por su padre-madre en uno de los cinco o seis mundos privilegiados que se apoyaban en los demás para sostener aquella larga guerra que llevaba ya haciendo historia desde hacía tantos años.

—Serán difíciles de vencer —dijo Mario. Le vi impresionado, y noté un ligero temblor en su voz.

—Ojalá el «Traslator» incline la guerra a nuestro lado.

Vi que Dora sonreía ante mis palabras. Lo hizo adorablemente y tal vez entonces comprendí que su belleza me había calado hondo, aunque había tardado bastante en admitirlo.

—Ha dicho nuestra guerra, Olaf Harden —dijo ella—. ¿Ya la considera suya?

—Es posible. Pero aún tenemos que dar nuestro informe... Por separado. Ignoro cuál pueda ser el de Mario Mur.

Dora le miró, como pidiéndole una aclaración. Mario tosió y dijo evasivamente:

—Es confidencial. Pero... Quizá sea favorable. Los Mundos Libres

tienen mucho que ganar. Esperemos que la Superioridad sepa cumplir con sus compromisos.

Dora volvió a sonreímos. Nos dijo que debíamos regresar al despacho del Jerarca. La firma de los documentos nos esperaba.

* * *

Recogí una copia del tratado, y la guardé en la cartera de piel, cerrándola con mi código digital. El Jerarca nos condujo hasta los niveles superiores. Por supuesto, Dora vino con nosotros. Nos detuvimos en un lugar, y el Jerarca nos explicó que, al lado, a unos cientos de metros, estaban los hangares donde estaba alojado el Argón.

—Mañana mismo recibirán el permiso para regresar a su mundo. El convoy de cargueros les seguirá por el hiperespacio. Tenemos una flota orbitando la Tierra, que les servirá de escolta hasta que dejen de viajar por el espacio normal. Se les entregará un libro con instrucciones, con la ruta que han de seguir. Les garantizo que es la más segura. Los mits no podrán encontrarles. Significará un pequeño rodeo; pero merecerá la pena.

Arrugué el ceño.

—Veo que toman muchas precauciones. ¿Por qué?

El Jerarca se puso un poco nervioso.

—La Superioridad está administrada por quinientos hombres y mujeres, elegidos por todos los planetas que la componen. Es imposible estar seguros de la fidelidad de cada uno.

—¿Sospechan de la existencia de traidores? —pregunté, incrédulo.

—Sí. No debo ocultarles que pensamos pueda haber espías de los mits, entre nuestros mandos. No muchos, pero los suficientes, aunque sean dos o tres, para que nos hagan mucho daño.

—¿Humanos, colaborando con esos monstruos? —preguntó Mario, molesto porque le parecía de mal gusto lo que debía estar suponiendo que se trataba de una broma.

—¿Les parece difícil de creer? —El Jerarca se encogió de hombros —. Al principio, a nosotros también nos lo parecía, pero tuvimos que rendirnos a la evidencia, cuando descubrimos al primero... Y luego fueron varios más, hasta nueve. Y algunos estaban encumbrados en altos puestos.

—¿Cómo puede ser posible semejante aberración?

El Jerarca exhaló un suspiro.

—Poder. Al parecer, los mits ya tienen trazados planes para el día que se apoderen de todos los mundos de la Superioridad. Por supuesto, no entra en sus cálculos exterminar a los humanos, sino esclavizarlos, nombrar gobiernos que manden en su nombre, y les ayuden a explotar las riquezas de sus conquistas. Sabemos que, en varios planetas que cayeron en su poder, existen colaboradores humanos, que les ayudan sin reparo alguno.

—No puedo comprender una colaboración de humanos, con los mits —mascullé—. Después de haberlos visto.

—Muchos hombres harían cosas más abominables para salvar el pellejo. Y si además de conservar la vida, se les entrega poder y riquezas, es fácil de comprender que, entre millones de seres conquistados, hallen colaboradores.

»A raíz de las primeras pérdidas nuestras, empezamos a sospechar que existían espías entre nosotros. No puede ser de otra manera. Los mits conocen, a veces, con bastante antelación, nuestros planes de defensa y ataque. Ningún miembro de la administración está actualmente bajo nuestras sospechas, pero los datos obtenidos apuntan a la consideración que incluso en esta base existe un colaborador de los mits.

—Entonces corremos el riesgo de ser atacados durante el viaje —dije, malhumorado.

—Es muy poco probable, señores —sonrió confiadamente el Jerarca—. Un reducido comité de nuestra administración está al tanto de los últimos planes. Ah, no debo olvidarme de presentarles al hombre que deberá acompañarles como asesor.

—¿Asesor? —repetí, poniéndome en guardia.

—Por supuesto. Precisamos que, entre sus fuerzas, esté un asesor nuestro, que conozca hasta el último detalle de nuestros planes. Además de la teniente Dora Dash, les acompañará… —se acercó a un comunicador de pared, y susurró algo por el tornavoz. Volviéndose hacia nosotros, añadió—: Es hombre de toda nuestra confianza. Combatió varios años muy duramente en los más peligrosos frentes. Fue la nave que él comandaba la primera que nos trajo prisioneros mits que nuestros científicos lograron estudiar.

La puerta de la estancia se abrió, y entró un hombre de unos cuarenta años, dirigiéndose hacia nosotros resueltamente. Vestía el uniforme azul y amarillo de los navegantes espaciales y una corta capa escarlata.

Le miré con curiosidad. Varias cicatrices cruzaban su rostro bronceado, cuadrado. Era alto y fuerte. Al caminar, cojeaba bastante, aunque parecía hacer esfuerzos para disimularlo.

Se cuadró ante el Jerarca, e inclinó levemente la cabeza. Entonces me percaté de que lucía las estrellas de general, y sobre el ancho pecho, seis cruces, lo que indicaba que había sido herido en combate media docena de veces.

—Es el general Maisde Luts. —El Jerarca nos presentó, y el general estrechó la mano que le tendía Mario.

Al saludarme Maisde a mí, me estremecí al notar el frío de su mano. No quise hacer ningún gesto que delatara que me había dado cuenta de que tenía todo el brazo artificial. Me pregunté qué clase de heridas había recibido, si una sola le había dejado manco hasta el hombro.

—Ya sé que existen muchas posibilidades que los Mundos Libres acepten luchar a nuestro lado —dijo, expresándose con una voz ronca y lenta.

No supe ocultar un gesto de asombro.

—Veo que usted, general, pertenece a la Superioridad de la administración, que está al tanto de todos los pequeños secretos de esta base.

El Jerarca se puso a reír.

—Desde luego. El general Maisde también sabe lo del «Traslator». Ha sido uno de sus más entusiastas seguidores. Está persuadido de que, sin él, no podremos ganar la guerra. Y ha llegado a esa conclusión, sin tener que recurrir a los ordenadores y cerebros electrónicos.

—No necesito que ningún chisme me diga lo que va a pasar —dijo Maisde tajantemente—. Yo me sirvo y basto para juzgar lo que veo, y sacar conclusiones. Han sido muchos los años que he estado en el espacio, combatiendo en todas partes esos sucios mits. A esos monstruos no se les puede vencer con las armas convencionales. Son infatigables, capaces de luchar día tras día.

Aquel hombre llegó a impresionarme.

—Celebro que venga con nosotros, general —dije.

Le vi morderse los labios y asentir en silencio. Conversamos sobre cosas triviales, y no insistí en mantener el tema de los mits. Lo comprendía cuando el Jerarca se esforzó en volver a hablar sobre ellos. Luego, los dos hombres se despidieron.

—La teniente Dash les mostrará sus habitaciones, señores. Si necesitan algo, sólo tienen que pedirlo.

Nos dejó con Dora, y yo no tardé en preguntarle:

—Noto algo extraño en ese hombre.

Nos indicó el camino y, mientras recorríamos unos corredores flanqueados de numerosas puertas, Dora explicó:

—El general Maisde odia con toda su alma a los mits. Bueno, creo que sólo puede hacerlo con el alma, porque fue lo único, además de la cabeza, que los mits le dejaron de su original cuerpo.

—¿Quieres decir que no es sólo el brazo lo que tiene artificial?

—Por desgracia, no.

Mario y yo callamos hasta que llegamos hasta una puerta, que Dora abrió, y nos dijo que eran nuestras habitaciones.

—Vendré a recogerles a primera hora de la mañana. Sus hombres están siendo atendidos también convenientemente. Si desean ir hasta el *Argón*, sólo tienen que solicitar la presencia de un asistente para que les indique el camino. Sobre las camas tienen los comunicadores.

—Estuve a punto de cometer un error, con el general —dije.

—¿Qué error? —inquirió Dora.

—Iba a rogarle que, durante el viaje a los Mundos Libres, me informase de todo cuanto sepa acerca de los mits. Pensé que sus conocimientos deben ser extensos.

—Así es. Y no se preocupe. Estoy segura que el general le dirá todo lo que quiera, con mucho gusto.

—Yo pensé que no quería referirse a los mits.

—¿Por qué no? Usted quiere saber de los mits porque desea

destruirlos. El general lo comprenderá, y se sentirá feliz instruyéndole. Hasta mañana, señores.

Mario la vio cerrar la puerta, silbó admirativamente, y comentó con sorna:

—Lástima que seamos tan tímidos. El Jerarca insistió en que podíamos pedir lo que necesitásemos. ¿Y tú sabes lo que yo estoy precisando ahora?

—Me parece que sí —repliqué, mirando el interior del cuerpo de baño.

—Esa chica es estupenda.

—Bastante. Y no consentiré que me pises el terreno.

Mario rió.

—El viaje será largo. Ya veremos quién es el más afortunado.

—Estás perdido, amigo. Ella me ha sonreído todo el tiempo.

—Porque piensa que eres el jefe. Pero cuando llegue el momento, yo seré quien la lleve a mi camarote. Aún guardo una valiosa botella de vino de Marnidot. Seguro que ningún terrestre ha probado algo tan exquisito. La invitaré a beberla conmigo, mientras tú estás de guardia en el puente de mando.

Dejé que el baño se llenase de espumeante y olorosa agua. Pensaba en Dora. Recordaba sus labios, que se movían insinuantes, incluso al hablar de temas áridos, militares. Estaba seguro que debían ser adorables, besando.

Moví la cabeza y empecé a desnudarme. No, aquel condenado Mario no le pondría usa de sus manazas encima. No lo permitiría. Dora, si quería hacer el amor con alguien, sería conmigo.

Me puse a reír solo, queriendo explicarme cómo podía pensar en trivialidades. Habían echado demasiada responsabilidad sobre mis hombros.

¡Quedaba tanto por hacer!

CAPITULO VI

Cuando penetramos en el hiperespacio, nos sentimos más tranquilos.

Aunque no la veíamos ni podíamos detectarla, sabíamos que la numerosa flota de cargueros nos seguía. Una nave viajando por el hiperespacio puede detectar a otra, pero corre el peligro de ser localizada a su vez y, en lugar de ser perseguidora, convertirse en víctima.

Nosotros viajábamos en absoluto silencio. No nos interesaba saber si en las deformes proximidades del hiperespacio danzaba una nave mit; pero si ésta quería detectarnos antes, caería en la trampa, y nosotros sabríamos dónde estaba.

Además, estábamos dando un largo rodeo. Casi tocábamos los lindes de la galaxia explorada. Por aquella ruta, avanzaríamos tres días, hasta volver al centro, después de viajar varios millones de parsecs.

Como había estado temiendo, Mario no cesó de cortejar a Dora. Pero la chica no parecía tener el menor interés en ninguna clase de amoríos con él, lo que me halagó mucho.

Cuando consideré que Mario se había dado por vencido, empecé a insinuarle a Dora lo bien que lo podíamos pasar una noche en mi camarote. Dije en mi camarote porque era más cómodo que el de ella, y en él tenía algunas bebidas, con las que romper el hielo inicial.

Cortésmente, pero con decisión, Dora me respondió que tenía mucho trabajo. No me explicó qué clase de trabajo. Acepté, con una sonrisa deportiva, el fracaso. Continuamos siendo buenos amigos.

Dora parecía conocer bastante a fondo al general Maisde Luts. Tal como ella me aseguró, aquel tipo se brindó amablemente a contarme todo lo que sabía acerca de los mits.

Con unas copas entre nosotros y una botella medio llena, me dijo:

—No es racismo, Olaf, no. Simplemente, mits y humanos no estamos hechos para convivir en la misma galaxia. No nos quieren por vecinos. Cuando nos descubrieron, decidieron aniquilarnos como nosotros aplastamos una cucaracha que no nos hace daño, sino que nos molesta su aspecto y nos produce asco. Así de sencillo. Ellos no

deben odiarnos. En cambio, yo los odio. Nadie puede odiarlos más que yo —puso su brazo derecho encima de la mesa, haciéndolo sonar pesadamente—. Me deben mucho. Soy un cyborg, no un ser humano. Sólo me dejaron la mente para poder seguir aborreciéndolos.

»En cada combate que perdía algo de mí, y los médicos de la Superioridad me sustituían la parte muerta por otra artificial, mi odio hacia ellos crecía. Hasta que llegó el día en que me apartaron del servicio activo. Yo me rebelé contra esa decisión, pero me hicieron saber que ya no podía gobernar una nave, que mis decisiones estaban alteradas a causa de mi odio. Es posible que tengan razón. Pero fue algo muy duro para mí. Me resigné, y acepté en empleo en el Alto Mando.

»Los profesores Busses y Amir tienen razón. Sólo con su invento podemos vencer. Si ellos no son capaces de tenerlo terminado para dentro de tres meses, todo nuestro esfuerzo será inútil.

Le miré, preocupado, y él sonrió al notármelo.

—Oh, no se inquiete. Ustedes no entrarán en la guerra inútilmente. Si no estuviera seguro, no intentaría desanimarle. Sólo me refería, en realidad, a que si el proyecto del «Traslator» no estuviera a punto de culminarse, todo habría acabado para la Superioridad. Sé de su encuentro con la nave mit, cuando se dirigía hacia la Tierra, Olaf. Incluso vi varias veces la grabación. ¿Sabe por qué salió vencedor? Porque no tenía la menor experiencia de la lucha contra los mits. Ese es el problema de nuestros navegantes, amigo. Ellos ya están acondicionados para una cierta clase de estrategia, y es tarde para hacerles cambiar.

—¿Acaso tiene usted ideada una nueva táctica? —pregunté.

—Tal vez trabaje algún tiempo en el sistema que empleó usted. Será bueno, por ahora, hasta que los mits cambien la táctica. Sus cien mil naves, Olaf, serán una fuerza estupenda, si todos los pilotos son capaces de actuar como usted lo hizo. Tal vez en los primeros encuentros podamos sorprender a los mits, y darles una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Bombardear sus mundos, por primera vez.

—Tengo entendido que eso es imposible.

—Para esos retrasados mentales del Alto Mando, tal vez; pero creo que usted sería capaz de conducir unas diez mil naves hasta las

cercanías de los mundos mits, y lanzar misiles contaminantes.

Conocía aquel tipo de misil, y me repugnaba la idea de su uso, incluso contra los mits.

—Pero los misiles contaminantes son incontrolables. Una vez que se lanzan, van directos al blanco, sin evitar los interceptores.

—Sí. Por eso, para lograr que al menos un diez por ciento de los que se lancen lleguen, tenemos que acercarnos a menos de quinientos mil kilómetros de los planetas elegidos.

Sonreí.

—Eso es un suicidio. Los mundos mits deben tener unas defensas excepcionales.

—Eso es lo que cree todo el mundo.

Miré al general, preguntándome si su cerebro seguía siendo el original. Quizá se lo habían cambiado, sin que él lo supiera.

—No, no me mire creyéndome loco. Ante el Alto Mando he hablado hasta enronquecer, exponiéndoles mi idea. No les culpo. Están demasiado preocupados por el curso de la guerra para arriesgar unos miles de naves en un intento desesperado. Todo lo confían en el proyecto «Traslator». Pero yo estoy seguro de que los mits no tienen sus planetas primarios tan bien defendidos como todos suponemos. ¿Sabía que, desde hace casi veinte años, no se intenta un ataque contra sus mundos? Como los primeros intentos fracasaron, se llegó al convencimiento de que era imposible, que sólo suponía una pérdida de hombres.

Tomé otro poco de coñac. Empezaba a creer que el general tenía una idea que no podía ser desestimada rápidamente.

—¿Qué haría usted, como primer mandatario de la Superioridad, si el enemigo hubiera intentado atacar la Tierra durante muchas veces, y siempre hubiera tenido que retirarse, con el rabo entre las piernas? Piense que luego pasarían veinte años sin tener un nuevo ataque, y que en ese tiempo la guerra se iría alejando del Sistema Solar cada vez más. Llegarían al convencimiento de que el enemigo estaba convencido de que nunca podría destruir el feudo principal de la Superioridad. Es lógico. Los mits también son lógicos. ¿Para qué mantener una gran fuerza defensora para proteger unos mundos que, desde hace cuatro lustros, no son molestados? Esas fuerzas serían más útiles en el frente. Oh, por supuesto que no serían retiradas todas las

defensas, pero sí la mayor parte de ellas. Serían bastantes con algunas unidades, que estarían siempre aburridas, cansadas de patrullar, sin haber tenido ni un combate desde hace tanto tiempo.

—Es posible que tenga razón, general —admití.

—¡Claro que la tengo! Y esos idiotas del Alto Mando nunca me han querido escuchar.

—¿Es que pretende que yo envíe a mis hombres contra los planetas mits?

—No contra todos, sino contra los cinco primarios. Esos no estarán defendidos apenas. En cambio, contra todo pronóstico, los secundarios, los suministradores de combatientes, alimentos y materias primas, es posible que aún estén bien vigilados.

—¿Por qué?

—Lógica pura. Los mits están desparramados en un amplio frente. Sus mandos no están en los mundos, sino que van de un lado a otro de la galaxia. Seguro que están más preocupados por los mundos llenos de criaturas ignorantes que por los pocos millones que llevan la administración en esos cinco mundos. Pero si nosotros los destruimos, o al menos los dejamos inhabitables, se sentirán nerviosos. Tendrán que distraer muchas de sus fuerzas para impedir que luego sufran un ataque igual los mundos secundarios. Eso no haría ganar mucho tiempo, incluso evitaríamos batallas estériles, dando ocasión a que el «Traslator» sea terminado e instalado en una nave rápida que se aproximaría hasta una distancia prudencial de los mundos mits secundarios, enviándolos a esa dimensión desconocida.

—Su plan parece bueno, general. Creo que podremos discutirlo.

—No tiene ninguna discusión, Olaf. Tan pronto como estén listas las cien mil naves, distribuiremos las fuerzas en los puntos del frente más débiles. Nosotros iríamos al cubil de los mits, y les cogeríamos por sorpresa. Eso liberaría al resto de las fuerzas de los Mundos Libres y de la Superioridad de una presión peligrosa; nos daría un respiro. Pasarían dos meses o más antes de que los mits reaccionasen. Entonces ya estarían vencidos.

—¿Con el «Traslator»?

—Sí.

—Si su plan es tan bueno, ya no haría falta el «Traslator».

El general asintió, sonriente.

—Buen pensamiento, Olaf. Pero no olvide que los cientos de miles o millones de naves mits están operando constantemente en el espacio o reparando en sus bases secretas, dispersas por toda la galaxia. Cuando supieran del desastre ocurrido en sus mundos primarios, acudirían de todas partes a defender los que aún quedasen incólumes. El factor sorpresa, en ese tipo de ataque, dejaría de sernos útil. Entonces el «Traslator» sería imprescindible.

—Entonces poner fuera de combate esos cinco mundos mits sólo nos serviría para damos un respiro —comenté.

—Exacto. ¿No es bastante?

—Creo que sí —admití.

El general se incorporó después de vaciar su copa. Hizo alguna alusión a mi nave, elogiándola. Le vi tambalearse un poco. Había bebido demasiado tal vez. Salió renqueante de la cabina. Fue la primera vez que le noté cojear visiblemente.

Me quedé un rato pensando en las palabras de Maisde. Su plan podía dar resultado. Yo tenía que convencer aún a los jefes que componían la Asamblea. Si me presentaba ante ellos proponiéndoles una estrategia que nos ahorrara el mayor número de vidas humanas, no habría ningún problema para terminar de convencer a los más recalcitrantes. La Superioridad parecía dispuesta a cumplir con su promesa de dejarnos en paz una vez que hubiera terminado la guerra.

Los Mundos Libres deseaban ser independientes, pero seguir manteniendo relaciones comerciales con todos. En realidad, nos sería muy difícil subsistir aislados. Ya lo estábamos pasando mal con las restricciones impuestas por el gobierno de la Tierra, a causa del conflicto. No podíamos bastarnos con los contactos de los planetas de la Realeza y los demás minúsculos estados neutrales.

Además, yo contaba con la autorización del Jerarca para poner en conocimiento de la Asamblea que la guerra podía estar acabada antes de cuatro meses, gracias al «Traslator». Aquello debía ser vital para terminarlos de convencer, ya que significaba que sólo estaríamos combatiendo por espacio de unos sesenta o setenta días.

Según los cálculos que Mario se había molestado en practicar, nuestras pérdidas en ese tiempo sólo podían ascender a un veinte o un treinta por ciento. En cambio, si lográramos tener éxito en el ataque sorpresa que proyectaba el general, obtendríamos una pausa en los

ataques mits, que reduciría el porcentaje de nuestras bajas a un máximo de un diez por ciento. A pesar de todo, me estremecí. Aquello suponía que dos millones de nuestros hombres no volverían al hogar cuando se lograse la paz, además de diez mil naves, que quedarían destrozadas y convertidas en pecios inservibles.

Me pregunté si merecía la pena semejante sacrificio para lograr algo que, desde hacía tantos años, estábamos intentando conseguir. Era un precio demasiado alto, pero tal vez reducido, si evitábamos un enfrentamiento posterior con la Superioridad o contra los mits, y si éstos terminasen ganando la guerra.

Era la hora de ir al puente a relevar a Mario. Al salir de la cabina, me crucé con el capitán Norton Mash. Cruzamos un saludo frío. Norton pertenecía a la reducida dotación nombrada por el Alto Mando de la Superioridad para acompañar al general Maisde.

Era un tipo taciturno y poco hablador aquel Mash. Parecía que sólo le complacía escuchar y observar todo cuanto se pusiese al alcance de su mirada de cuervo. Maisde me había dicho que tenía gran experiencia contra los mits, y que suponía que iba ser elegido por el Alto Mando para comandar la nave donde se pensaba instalar el «Traslator».

Según el general, Mash conocía al dedillo el sector originario de los mits. Durante un año estuvo explorando aquellos planetas en una arriesgada misión de espionaje. No obtuvo nada que significase una ventaja en la lucha, pero todos admiraron su valor y entereza. Después de doce largos meses de ir de un lugar a otro del espacio mit, pudo volver con apenas la mitad de bajas de su dotación. Por su informe, se supo que las defensas mits seguían siendo muy poderosas, y que resultaba imposible un ataque frontal a sus mundos.

Por supuesto, el general no estuvo de acuerdo con los informes. Pero eso ocurrió hacía ya cinco años. Maisde insistía en que las cosas habían cambiado, y su idea de sorprender a los mits en su cubil era factible perfectamente.

CAPITULO VII

Las deliberaciones de la Asamblea fueron más largas de lo que había temido. Incluso Mario se sintió inquieto por el resultado de la votación en algún momento. Me lo confió, diciéndome que no comprendía cómo algunos jefes estaban aún tan inseguros.

Aistarh, como presidente de la Asamblea, se limitó a insistir en los términos del pacto, en el cual la Superioridad reconocería nuestra total independencia si accedíamos a colaborar con ella en la guerra.

Algunos jefes se preguntaban si merecía la pena el sacrificio. Quizá pensaban que, derrotada la Superioridad, nosotros conseguiríamos la libertad sin perder un solo hombre ni una nave.

Me tocó el turno hablar. Me referí de nuevo a mis impresiones, obtenidas en la Tierra. Al llegar al punto en que tenía que decir que confiaba en la decisiva actuación del «Traslator», logré un silencio total en el gran anfiteatro. Observé en la primera fila a la comisión terrestre, presidida por el general. Al lado del veterano luchador estaba el capitán Norton Mash, quien parecía sentirse ajeno a todo cuanto ocurría en su entorno. Tenía los ojos casi cerrados, y sólo los abrió cuando yo me referí a la nueva y portentosa arma. Entonces creí verle palidecer un poco.

—No me gusta la guerra —dije—. No me gusta tener que armar mis naves y enviar mis hombres a la guerra, a un conflicto donde, como muy afortunados, perderemos a la décima parte de nuestros amigos y servidores. Pero creo que si la Superioridad es vencida, los mits nos elegirán a nosotros como su próximo objetivo. Y entonces, sin discusión ninguna, seremos derrotados. La cuestión es decidir, y pronto, si debemos sacrificamos, perder una parte de nuestras fuerzas de combate, una décima parte, o esperar dos alternativas: que los mits nos dejen en paz, una vez que hayan destruido la Superioridad, o bien que luego nos reduzcan a la mina y esclavitud. No hay alternativa. Tal vez el precio que hoy nos parece alto, sea ridículo dentro de algún tiempo, cuando empecemos a arrepentimos por nuestra actitud conservadora de hoy.

Me senté y mi silencio dejó paso a una explosión de murmullos.

Vi que Dora me miraba y sonreía, como queriendo darme las gracias por mi intervención. Las voces de algunos jefes, hablando a favor de mi postura, me llegaron lejanas. Yo sólo tenía ojos para Dora.

Cuando la potente voz del presidente de la Asamblea, Aistarh, hizo el recuento de los votos, únicamente escuché:

—...Un cinco por ciento de los jefes están en contra de la ratificación del tratado con la Superioridad. Según nuestras leyes, ellos no están obligados a dar sus hombres, naves y dinero a la alianza. Son libres de mantenerse al margen, pero deberán renunciar a las prerrogativas que podamos alcanzar si los dioses se ponen de nuestro lado, y nos otorgan la victoria.

Pero aquel pequeño número de jefes se levantaron de sus asientos y dijeron que rectificaban su voto, y se adherían a la decisión de la mayoría. Ningún jefe sería capaz de abandonar a la mayoría en momentos difíciles.

Aistarh levantó la sesión.

El general fue el primero de los terrestres en felicitarme:

—Ha estado muy bien, muchacho. Creo que en la Tierra, dedicado a la política, hubiera hecho buena carrera. Sobre todo me ha gustado la actitud de los indecisos al final. Son ustedes sorprendentes. Creo que se merecen vivir sin intrusismos de ningún gobierno ajeno a ustedes.

Estreché su mano y noté el frío del metal.

—Ahora tenemos que trabajar duro, señor, para tener lista la flota antes de treinta días si es posible. Espero que las cargas de proyectores láser sean distribuidas en todos nuestros planetas, tal como decidimos durante el viaje. Ya conoce dónde son necesarias —dije, mientras miraba cómo Dora parecía esperar pacientemente a que yo me decidiera a ir hasta ella.

—No se preocupe. Los comandantes de cargueros tienen instrucciones previas. Ellos sabrán distribuir las armas. Sólo están esperando mi orden que, por supuesto, sólo podía dar una vez que ustedes ratificaran el pacto. Iré ahora mismo a disponerlo todo.

Norton, al pasar delante de mí, me tendió la mano. Su contacto fue frío, y la sonrisa que me dirigió la encontré excesivamente forzada.

Pero no le hice demasiado caso, y acudí al lado de Dora.

Ella se abrió paso entre la multitud de jefes que estaban bajando de los estrados, se echó a mis brazos y me besó.

—Gracias, Olaf. Tengo que felicitarte.

Mi nombre en sus labios me resultó distinto. Devolví sus besos, multiplicados por tantas veces como los empujones de mis compañeros me permitieron. Me acerqué a Dora para susurrarle al oído que tenía mi casa no lejos de allí, con una buena provisión de buen vino del lugar.

—Estoy deseando embriagarme.

—¿Sí?

—Claro. Me prometí a mí misma no probar una gota hasta no conocer la decisión definitiva de la Asamblea.

—Entonces se terminó. Yo también quiero embriagarme, pero no con vino, sino contigo.

Ella se puso a reír.

—Bueno, yo también quise decir lo mismo.

Escuché que Mario, desde el otro extremo, empezó a llamarme. Pero el tumulto para salir era muy grande, y yo pensé que él creería que realmente no le escuché. No quería saber nada que no fuera Dora hasta pasado algún tiempo.

CAPITULO VIII

Cuando, dos días después, me tropecé con Mario en los astilleros, me dirigió una sonrisa de comprensiva complicidad.

—He intentado suplirte lo mejor que he podido, Olaf. Todo el mundo pregunta por ti, y siempre he tenido que decir que estabas ocupado en otros asuntos.

Asentí y no quise referirme a lo que me estaba insinuando.

—¿Algún problema?

—Ninguno de importancia. Todas las naves están siendo armadas a un ritmo mucho mayor del que podíamos esperar. Creo que podremos partir antes del plazo fijado.

—Eso alegrará al general.

—Ah, Maisde Luts. Por cierto, está deseando verte. Te espera en los cobertizos del Este.

Me dirigí hacia allí, satisfecho ante la actitud reinante en todas las gradas. Los equipos de la Superioridad colaboraban eficientemente con los hombres. En las improvisadas oficinas coordinadoras estaba el general, enfrascado en la revisión de unos estadillos. Al verme entrar, levantó la mirada y me dirigió una leve sonrisa.

—Hola, muchacho —me dijo—. Celebro que tengas un momento libre. Quería hablarte. He recibido diversos comunicados procedentes de todos los planetas donde se están armando las naves. El trabajo va muy bien.

—¿Qué quería decirme?

—Era referente a mi plan.

Noté grave la voz del veterano militar. Le animé con una sonrisa a que prosiguiera.

—Me ha costado mucho trabajo convencer al presidente Aistarh, pero he obtenido de él el consentimiento para que el grupo compuesto de diez mil naves que tú comandes tenga permiso para operar libremente. Los otros nueve grupos se integrarán en los puntos de lucha más debilitados.

—¿Quiere decir que no le ha contado nada de sus proyectos?

—Es preciso que lo conozcan el menor número de personas.

—¿Y el armamento?

—todas las naves que serán asignadas a tu grupo están recibiendo una dotación nuclear sin que nadie sepa que son misiles contaminantes. Se les dirá a los capitanes cuando llegue el momento.

—Sigue pensando en los espías, ¿verdad?

—Sí. No me fío de nadie. Ya te he dicho que los mits obtienen información de nuestras intenciones.

—Me enteré también de ese particular en la Tierra.

—El capitán Norton Mash estará en contacto con nosotros a bordo de las unidades especiales que marcharán contra los mundos secundarios para proyectarlos a esa desconocida dimensión. El irá en el navío que se está acondicionando para transportar el «Traslator» definitivo… y el convertidor.

—¿El convertidor? ¿Qué es eso?

—Creí que lo sabías —Maisde arrugó el ceño—. Pero es lógico, hasta cierto punto, que lo ignores. Los inventores del arma, Busses y Amir, son demasiado celosos de sus conocimientos y proyectos. El convertidor es un aparato que invierte el proceso del «Traslator».

—¿Qué utilidad tiene?

—Amigo mío, ningún veneno interesa si no se tiene a mano un antídoto. Esos dos científicos son las únicas personas que saben cómo se construye y funciona el «Traslator». Nadie más conoce lo más mínimo. Ellos solos montan la máquina, pieza a pieza, sin permitir que nadie intervenga. Esas fueron sus condiciones cuando le propusieron a la Superioridad el arma.

—¿Es que piensan hacer regresar a los mundos mits algún día?

—No, exactamente. Además, sería imposible. El convertidor únicamente sirve para establecer una especie de puente de comunicación entre los mundos mits, desde el ignorado lugar donde serán enviados, y el punto donde se coloque el mecanismo reversible.

—No le hallo la utilidad.

Maisde se encogió de hombros.

—Busses encontró la forma y trabajó en ello. Alegaba que era conveniente disponer de algo semejante. ¿Has pensado lo que podría pasar en la galaxia si el «Traslator» fuese mal utilizado?

Asentí. Aquella cuestión había pasado más de una vez por mi imaginación. Con aquella arma, la Superioridad sería invencible. Por el terror, la coacción, podría imponer su voluntad en toda la galaxia. ¿Sería capaz de respetar el tratado después de la victoria?

—Busses y Amir piensan destruir el «Traslator» después de usarlo contra los mits —dijo el general.

—¿Seguro? ¿Acaso se lo permitirá el gobierno de la Superioridad?

—No podrá impedirlo. Antes de volver a la Tierra, Busses tiene medios para inutilizar el «Traslator». Tan sólo, tal vez, permitirá que se conserve el convertidor. ¿No te alegra saberlo?

La mirada penetrante del general me indujo a pensar que él había estado estudiándome, y, poniéndose en mi lugar, sufrido mis temores.

—Creo que será lo mejor, sí.

* * *

Mario recibió el mando del segundo grupo, asistido por varios jefes de probada calidad en el combate, que a mí me hubiera gustado incorporar a mis naves.

A medida que se acercaba el momento de la partida, los nervios iban en aumento. Ocurrieron varios imprevistos desagradables, inevitables, teniendo en cuenta el enorme número de navíos y hombres que tenían que ser movilizados.

Aistarh me confesó que, durante mucho tiempo, los Mundos Libres padecerían los efectos de aquella gigantesca leva de hombres, que prácticamente dejaba los planetas en manos de las mujeres y viejos. Pocos hombres jóvenes iban a ser los que no iban a bordo de las naves. Una derrota total de nuestras fuerzas supondría la aniquilación de nuestros planetas, que se quedarían sin hombres.

—Por el momento nos arreglaremos —decía Aistarh—. Las mujeres y los ancianos podrán hacerse cargo de todo el trabajo. Pero es preciso que volváis pronto... y el mayor número posible.

Los hombres de los Mundos Libres habían conquistado su derecho a vivir en aquellos planetas al precio de mucha lucha y haber derramado demasiada sangre.

Y teníamos que seguir usando los mismos medios para continuar viviendo en nuestras tierras.

—Es posible que estemos de vuelta antes de tres meses —dije, sintiendo deseos de confiarle al presidente los planes del general—. Pueden ocurrir cosas que nos proporcionen una rápida victoria, mucho antes de lo que todos pensamos y deseamos.

Aunque habíamos pensado partir varios días antes del plazo fijado de un mes para dotar de armamento a las naves, el momento de la salida fue fijado para el mismo día que expiraba el tiempo. De todas formas era mejor hacerlo entonces que con retraso.

Las naves fueron despegando y reagrupándose en el espacio, formando las secciones prefijadas. Nos dirigiríamos hacia nuestro destino siguiendo distintos itinerarios, saliendo del hiperespacio apenas a unos millones de kilómetros de las zonas establecidas.

Tardamos otro día en formar las fuerzas. Cuando en el puente de mando del Argón llegaron todas las comunicaciones de mis diez mil naves, envié un mensaje a Aistarh anunciando que partíamos. Los demás grupos estaban haciendo lo mismo en aquel momento.

Sentada a mi lado, Dora se había convertido en una eficiente colaboradora. No echaba de menos la ayuda de Mario. El general permanecía en silencio en un punto neutro del puente, sumido en sus pensamientos, tal vez meditando en el golpe de mano que, antes de unas semanas, quería llevar a la práctica.

Sabía que Maisde había recibido comunicaciones de los terrestres que cargaron las naves con los misiles contaminantes. Todos tenían unas identificaciones que permitirían a los capitanes colocarlos en posición de disparo tan pronto recibieran la orden oportuna. Mientras tanto, si teníamos que sostener algún combate, utilizaríamos primero los proyectores láser. Si la lucha lo requería se contaba con una dotación de misiles ordinarios, que debían ser los primeros en ser disparados. Los contaminantes siempre quedarían en reserva.

Miré de soslayo a Dora. Estaba radiante, ejecutando mis órdenes y transmitiendo mis instrucciones a todos los departamentos de la nave. Ella había insistido en ir conmigo. Obtuvo el correspondiente permiso del general para agregarse a mi nave, y yo no pude hacer nada para obligarla a permanecer en alguno de los Mundos Libres. Sencillamente, Dora me recordó que seguía siendo un oficial de la Armada de la Superioridad, y que no pensaba solicitar la licencia hasta que la guerra no llegase a su fin.

Respiré profundamente, diciéndome que aquello me sucedía por haberme enamorado de una teniente., Pero me alegraba por ello.

CAPITULO IX

Descendí de la chalupa de un salto, caminando a paso ligero hacia la tienda donde los comandantes de grupos habían instalado el puesto de mando.

Mientras me dirigía hacia allí observé el desolador panorama que me rodeaba.

Llevábamos casi treinta días de lucha y las cosas marchaban peor de lo que todos hubiéramos deseado. Detrás de mí, renqueante, el general Maisde intentaba alcanzarme. Dora iba un poco más rezagada, vivamente impresionada por cuanto veía.

Había recibido el aviso de Mario hacía dos días, cuando perseguía una pequeña formación de aquellas arañas negras que eran las naves mits. Durante los treinta días pasados mi grupo había sostenido diversos encuentros contra el enemigo, y no habíamos salido mal librados.

Entré en la amplia tienda y miré a mis compañeros. Sabía que no todos estaban allí, pero eché de menos varios rostros que debían estar en la reunión porque sus grupos, o lo que quedaban de ellos, sí habían acudido al desierto planeta Pariodot, que nos estaba sirviendo de base circunstancial.

Descubrí varios uniformes azules y amarillos de altos oficiales de la Superioridad. Sus semblantes eran grises y preocupados.

Recibí fríos saludos y me senté en una de las sillas vacías. Por desgracia todas no serían ocupadas. El general llegó y ocupó una a mi lado. Miré de soslayo cómo Dora por su condición de teniente, permanecía detrás mío, con una carpeta entre las manos, esperando que yo le pidiese los informes que traía.

Un Almirante de la Superioridad se aclaró la garganta y dijo:

—Tengo un mensaje de la Superioridad para ustedes, caballeros. El Jerarca y su gobierno reconocen el esfuerzo que están llevando a cabo, y les ruega que sigan en la misma línea que hasta el momento están desarrollando en la guerra. Aún tenemos un tiempo que cubrir, impidiendo que la penetración mit siga adelante. Creo que lo podremos conseguir si...

Mario se incorporó, interrumpiendo la charla del Almirante. Le vi

cansado, casi sin ánimos.

—No queremos escuchar las rituales palabras, Almirante. Los jefes de los Mundos Libres que estamos aquí queremos que se nos aclaren varios puntos. La lucha es peor de lo que nos habían dicho. Los mits son más numerosos de lo que los informes presentaban. Nada responde a las promesas iniciales. Y lo peor de todo es que las naves de la Superioridad apenas combaten a nuestro lado. Nosotros tenemos enormes sectores que cubrir, patrullando durante días, combatiendo, persiguiendo al enemigo y... huyendo. ¿Qué le ocurre a sus flotas? ¿Dónde están?

El Almirante palideció, tosió y dijo:

—Ustedes, los hombres de los Mundos Libres están luchando en los flancos, mientras que nosotros estamos intentando detener el avance mit por el centro del triángulo de penetración, cuyo vértice apunta hacia la Tierra. Por el momento, tenemos que impedir que el Sistema Solar caiga. A toda costa.

—Nos están utilizando como carne de cañón —graznó uno de los jefes, golpeando con el puño en la mesa.

—Nada de eso —replicó el Almirante—. Si hasta el momento ustedes han sufrido un ocho por ciento de bajas, nosotros, en el mismo tiempo, hemos visto cómo nuestras fuerzas eran mermadas en más de un veinte.

Ya no podemos reponer las bajas y hacer ningún relevo de tripulación. Y casi el noventa y nueve por ciento de las unidades están combatiendo sin cesar desde hace tres años. El resto de los navegantes son bisoños, que únicamente se dejan abatir a causa de su inexperiencia.

»Aunque les parezca incongruente, señores, ustedes están saliendo bien librados por el momento. Reconocemos que los mits están incrementando sus fuerzas considerablemente estas últimas semanas. Según los informes, están poniendo en combate hasta la última de sus unidades.

—¿Es que es posible que hayan descubierto nuestra llegada —pregunté.

—¿Por qué no? Puede ser, desde luego. No tiene otra explicación el incremento de fuego enemigo. Tal vez estén un poco nerviosos, ansiosos de acabar con la guerra de una vez.

Miré a mis compañeros. Aspiré hondo y pregunté:

—¿Para qué ha sido convocada esta reunión, a la cual no han podido asistir todos los jefes que aún permanecen en combate? Sé que cuatro grupos no han podido llegar porque están combatiendo en estos momentos.

—El Gobierno de la Superioridad quiere serles franco, señores —dijo el Almirante—, las circunstancias han cambiado totalmente. Cuando solicitamos su ayuda, las previsiones aseguraban que con la incorporación de sus cien mil naves, podríamos prolongar la guerra por espacio de unos noventa o cien días más. Pero esas conclusiones fueron obtenidas partiendo del número estimado de naves enemigas en combate. Ahora, con el gran incremento observado, el plazo de resistencia que nos dan los computadores se reduce a...

Calló para mirarnos en una lenta mirada, recorriéndonos uno a uno. Mario, silbante, dijo:

—Termine de una vez.

—Sólo podremos resistir de quince a veinte días más. Después de eso, los mits penetrarán en el Sistema Solar, conquistarán la Tierra y... Después todo se vendrá abajo.

Un tenso silencio se abatió en la tienda. Escuché moverse al general Maisde a mi lado, y luego escuchar su ronca voz:

—¿Están seguros de esos datos? —Al asentir el Almirante añadió—: Supongo que no sólo se habrán molestado en dictar nuestra sentencia de muerte, sino que también se habrá buscado una solución. Por ejemplo: ¿Qué pasa con el «Traslator»? Según sus inventores, aún faltan unos cuarenta días para disponer el prototipo en la nave.

—El «Traslator» estará dispuesto para actuar dentro de quince días. A la vista de la marcha de la guerra, se aceleraron los trabajos, se redujeron al mínimo los espacios de seguridad. Pero, señores, aún se nos exige un nuevo esfuerzo: resistir dos semanas como mínimo.

—Yo no creo que podamos conseguirlo —dijo un jefe, moviendo la cabeza con pesimismo—. No confío ni en aguantar siete días más. Mi grupo ha sufrido demasiadas bajas. Tengo excesivos heridos. Tal vez tenga que abandonar aquí, en Pariodot, unas mil naves por falta de tripulantes. Cuando me marche lo haré sólo con unas siete mil. Y mi compañero Fiotreu solicita ayuda porque está soportando una batalla desde hace dos días con fuerzas que le triplican en número.

Me volví para mirar a aquel jefe.

—¿Dónde está Fiotreu?

—En la Zona 34.598-KJU. Aquello es un infierno.

—Yo puedo ir en su ayuda. Tengo mi grupo casi intacto y podré estar allí antes de veinte horas.

—¿Qué pasará con el flanco que debes vigilar? —preguntó Mario.

—Tú mismo puedes enviar una parte de tu grupo, digamos unas dos mil naves. Allí apenas hay mits.

El general me tiró de la manga, y me susurró al oído:

—No es el momento de pelear en el frente, sino de realizar nuestra incursión en los mundos mits.

Pero yo pensaba en mi compañero en apuros. Mi grupo era el único que podría estar allí en poco tiempo para ayudarle.

—Está en la ruta que debemos seguir. Apenas nos detendremos unas horas para aliviar a Fiotreu. Luego seguiremos hasta los mundos mits —repliqué, molesto. Ya no podía echarme atrás.

El Almirante estaba dando instrucciones a los jefes para los sucesivos días. Cuando pidió que dos de nuestros grupos marcharan a engrosar las defensas que contenían a los mits en su incontenible cuña, se elevaron muchas protestas, pero se accedió al final, consintiendo que dos de los grupos más mermados acudiesen allí.

Yo recibí la orden de reunirme con el grupo de Mario tan pronto aliviase a Fiotreu de la presión enemiga que estaba soportando. Estuve a punto de protestar, pero el general me agarró del brazo impidiéndome hablar.

Cuando la reunión concluyó y nos dirigíamos a la chalupa que debía llevarnos de nuevo a la Argón, dije a Maisde:

—¿Por qué no me dejó exponer en la reunión que después de ayudar a Fiotreu vamos a marchar hacia los mundos mits primarios?

—Porque, sencillamente, se lo hubieran prohibido, muchacho. Conozco muy bien a ese Almirante. Siempre estuvo en contra de mis proyectos. Cuando salvemos el escollo, nos marcharemos a nuestro destino sin decir nada. Ahora, más que nunca, es preciso que asestemos un golpe mortal en la retaguardia enemiga. Es el momento

ideal. ¿No lo comprende? Los mits están usando sus últimas reservas. Es posible que puedan reponerlas más adelante, pero por unas semanas no lo podrán hacer. Han de tener sus planetas casi desguarnecidos. Saben que la Superioridad está recibiendo ayuda y no pueden consentir que el resto de la galaxia se les una. Quieren acabar pronto. Cuando destruyamos esos cinco mundos condenados, la guerra se detendrá por unos días, dando ocasión a que el «Traslator» llegue hasta el punto desde el cual pueda enviar al infierno al resto de los mundos mits.

Antes de subir a la chalupa eché otro vistazo a la llanura. Estaba llena de naves qué intentaban ser reparadas. Las había de la Superioridad y nuestras por miles. Algunas nunca más podrían entrar en combate, y otras quedarían allí porque no existían tripulaciones para ponerlas de nuevo en el espacio.

El tiempo se nos estaba acabando.

El general tenía razón. Era el momento de jugarnos el todo por el todo, de realizar el golpe de mano. Aún me quedaban más de nueve mil naves en mi grupo y las dotaciones de misiles contaminantes intactas.

¿Acaso debía temer un consejo de guerra por desobedecer unas órdenes? Dentro de un mes no existiría nadie que pudiese formar un tribunal que me juzgase.

* * *

Cuando llegamos a la Zona 34.598-KJU, lo hicimos justo a tiempo para evitar que los restos del grupo de Fiotreu fueran aniquilados. Apenas quedaban unas dos mil naves de aquel grupo. Estaban cercadas por más de nueve mil arañas negras cuando nosotros surgimos del hiperespacio, envolviéndolas.

Combatimos por espacio de cuarenta horas.

Nuestra intervención cogió por sorpresa a los mits, y pudimos culminar una matanza de enemigos.

El mermado grupo de Fiotreu aún sufrió más de quinientas bajas. Creo que era el más reducido de todos los de los Mundos Libres. Ninguno había tenido tantas pérdidas. El mío, en cambio, no salió tan mal parado. Ochocientas naves quedaron inservibles para proseguir. Tuve que enviarlas de regreso a Pariodot.

Fiotreu se puso en comunicación conmigo. Después de darme las

gracias me confesó que no esperaba salir con vida de aquel combate. Le dije que se uniese en determinado punto con Mario Mur dentro de tres días.

Maisde y Dora aún permanecían en el puente de mando, y ambos me miraron. El general se sonrió parcamente. Supuse que había comprendido que había comenzado a actuar al margen de las órdenes que tenía. Enviar a reunirse con Mario los restos del grupo de Fiotreu implicaba ya una desobediencia. Pero yo quería que Mario dispusiese del mayor número de unidades. Sabía que su Zona estaba entre las más conflictivas de los flancos que nos habían correspondido defender.

Cuando un jefe de grupo imparte órdenes, todos los demás comandantes de las unidades deben estar a la escucha, a no ser que se radie en onda privada. Sabía que mis hombres me habían escuchado, y que la mayoría estaba al tanto de lo que yo debía hacer una vez socorrido a Fiotreu.

Pero ninguno de ellos se atrevería a recordármelo.

Cuando los restos de la flota de Fiotreu hubieron desaparecido del alcance de nuestros detectores, volví a solicitar la atención de mis comandantes. Miré al general, que asintió.

Tuve un somero recuerdo a Norton Mash, quien hacía semanas que partió hacia la Tierra para incorporarse a la nave que debía llevar el «Traslator» hasta varios años luz de los planetas mits. Ellos debían esperar encontrase con todos, primarios y secundarios. Tal vez no se percatasen cuando estuviesen a punto de hacer funcionar el «Traslator» que cinco de ellos, pertenecientes al mismo gigantesco sol rojo, estaban ya ausentes de todo tipo de vida, animal o vegetal.

Pero podían averiguarlo y entonces… ¿Enviarían a la desconocida dimensión también a aquellos planetas muertos? Moví la cabeza. Aún no había dado la orden de ponernos en marcha, cuando ya estaba contando con salir triunfante de nuestra misión.

Tomé la bola del altoparlante cuando todas las luces se encendieron sobre mi panel. Los comandantes esperaban mis órdenes.

Hablé lentamente, procurando que mis palabras fueran claras, que no pudiera existir una posterior mala interpretación de ellas. Di la ruta, las coordenadas, señalé el punto que debíamos tomar para salir del hiperespacio, y las últimas recomendaciones para que nuestra enorme masa de naves no fuesen detectadas por alguna posible patrulla mit, que estuviese vigilando el hiperespacio cercano a sus

mundos. Que nos descubriesen antes de salir al espacio normal era una posibilidad entre cien. O más. Pero podía ocurrir. Y si así sucedía la más completa catástrofe se cerniría sobre nosotros. El enemigo sólo tendría que estar esperándonos con sus armas dispuestas para abatirnos uno detrás de otro. Cuando una nave abandona la seguridad del hiperespacio, los tres siguientes minutos son los más peligrosos para ella. Durante ese tiempo, los instrumentos de a bordo no se han ajustado a la dimensión normal. Tampoco los hombres están aún dispuestos para actuar en los medios acostumbrados. Durante tres minutos el enemigo podía dispararnos impunemente, seguro de no recibir ninguna contestación hasta pasados los dos o tres minutos.

Los comandantes debieron registrar mis instrucciones como era la norma. Las luces rojas se fueron apagando, significando que todos ellos acusaban recibo.

Suspiré y me volví hacia el general, diciendo:

—Está hecho.

Maisde entornó los ojos. Aunque hacía esfuerzos por darme ánimos, yo le encontraba preocupado. Dora, en cambio, a la vista de que los acontecimientos no podían ser alterados, me dirigió una reconfortadora sonrisa. En aquellos momentos me hubiera gustado que no estuviera a bordo del *Argón*.

—En sesenta horas estaremos en el punto previsto —dije—. Los mundos mits estarán a tiro de nuestros misiles.

CAPITULO X

Fue el general quien me informó de que la salida del hiperespacio había sido correcta. Ninguna nave mit en un año luz a la redonda. Era más de lo que podíamos esperar.

Salimos de mi camarote y nos dejamos caer en el tubo hasta el puente. Debía estar contento por haberlo conseguido, pero en cambio mi rostro, grave, demudado, parecía ser una palpable acusación hacia Maisde.

Yo no quería que él lo interpretase así, ya que tenía que considerarle incluso menos culpable de mi estado dé ánimo.

—No llegué a conocer a Mario tan bien como a ti, muchacho —me había dicho Maisde. Nos tuteábamos desde hacía tiempo—. Pero creo que él habría comprendido si tú le hubieras dicho la verdad.

—Quise decírsela —gruñí.

—Pero no era conveniente. Los mits podían escucharnos. Aún estábamos en el espacio normal.

Cerré los ojos. Aún estaban en mi recuerdo aquellas escenas. Podía todavía escuchar la voz ansiosa de Mario reclamando mi presencia en la Zona donde debía reunirme con él.

Fue minutos antes de que mi grupo entrase en el hiperespacio. Escaso tiempo, pero que para mí duró una eternidad. Mario, sin saber con certeza si yo le estaba escuchando, lanzaba constantemente sus llamadas de auxilio. Reconocía haber recibido los restos del grupo de Fiotreu, pero apenas esas naves se integraron con las suyas, fueron sorprendidos por una numerosa flota mit, compuesta de aquellas mortales arañas negras y otros navíos gigantescos, desconocidos hasta entonces y dotados de una potencia de fuego que triplicaba la del más poderoso crucero de los nuestros.

En aquel momento yo debía estar allí, luchando codo a codo con Mario, uniendo mis fuerzas a las suyas y combatiendo con algún margen, aunque mínimo, de posibilidades de poder vencer. Los mits casi doblaban en número a las naves de los Mundos Libres. Con mi presencia en la escena de la batalla, todo podía ser diferente.

Mario reclamaba mi presencia con insistencia, mezclándose su voz con los constantes partes que recibía de las unidades, anunciando

calamidad tras calamidad. Por aquel momento sus pérdidas debían ser del orden del treinta por ciento o más. Y el ritmo crecía alarmantemente.

Maisde me miraba, temiendo que yo revocase mis órdenes de dirigirnos a los mundos mits, y acudiese en ayuda de mi amigo, de mis compatriotas.

Se limitó a decirme:

—Puedes hacer lo que quieras; pero recuerda que ganar en una batalla no significa triunfar en la guerra.

Y para vencer a los mits hay que ir a sus mundos, destrozarlos.

Fueron unos segundos terribles. Luché contra las palabras lógicas del general y mis deseos de acudir en socorro del compañero que estaba siendo atacado por fuerzas muy superiores.

—Es posible que reciba otra ayuda —dijo el general, mirando al frente, rehuyendo mis ojos—. Si nos volvemos atrás ya no habrá posibilidad alguna de intentar otra vez lo que ahora queremos hacer. Podemos morir al lado de tus amigos, luchando con ellos, o, si vencemos, quedar tan diezmados que ir a los mundos mits sería verdaderamente un suicidio. Y si perdemos las bombas contaminantes no podremos reponerlas.

Deglutí y ordené proseguir. Luego me hundí en el asiento.

Eso ocurrió hacía tres días. Luego, las sesenta horas que permanecimos en el fantasmal hiperespacio me parecieron un siglo, transcurriendo los minutos densamente.

Incluso Dora respetó mi deseo de permanecer el tiempo que no estaba en el puente encerrado en mi camarote. No deseaba ver a nadie.

Entré en el puente seguido del general. Noté que mis hombres me recibieron gélidamente. Aún no sabían cuáles eran mis proyectos y debían acordarse de las angustiosas llamadas de socorro de Mario. Tal vez aún les quedase un resto de confianza hacia mí y estuviesen aguardando una justificación mía que les impidiese odiarme.

Me senté pesadamente en el sillón, miré el panel y luego, alzando la mirada, requerí la atención de todos. En comunicación general, me dirigí a los miles de hombres que encerrados en aquellas naves de acero, enfiladas hacia el lejano aún sol rojo, con sus doce planetas, cinco de ellos habitados por la élite mit, esperaban una respuesta

lógica a las preguntas que debían haber estado haciéndose durante aquellas últimas horas.

—Camaradas, ahora es el momento de deciros para qué estamos aquí. Sé que todos habéis pasado por el mal momento de tener que eludir el requerimiento de ayuda de nuestros hermanos. Yo soy el primero en lamentar haber permanecido sordo a esas llamadas. Espero que sabréis comprenderme.

»Nuestra presencia aquí es sólo conocida por un reducido número de personas. Ni siquiera los jefes que comandan los demás grupos están al tanto. Pero ya debéis saber que la situación para nuestras armas ha empeorado las últimas semanas. La guerra está a punto de concluir favorablemente para los mits. En nuestras manos está la posibilidad de evitarlo.

»En cada una de vuestras naves existe una dotación de diez misiles contaminantes, indetectables. El general Maisde ha sostenido la teoría que los planetas mits están actualmente desguarnecidos porque sus habitantes, haciendo un gran esfuerzo, han lanzado al frente sus últimos efectivos en su afán de terminar con_ la guerra. Tenemos la esperanza de que si logramos destrozar la vida de esos planetas, aunque sólo sean los que están alumbrados por el sol rojo, ganaremos el tiempo que en la Tierra necesitan para terminar de poner a punto el "Traslator", con el cual confiamos liquidar los restantes mundos enemigos.

»Amigos, esta misión ha sido concebida en secreto, únicamente por el general Maisde y yo. Así se ha hecho para evitar posibles infiltraciones. Lamentablemente, algunos humanos están vendidos al enemigo, esperando privilegios una vez que los mits esclavicen a la humanidad. Ahora el general Maisde os dirá lo que debemos hacer. Gracias a todos.

Maisde aprestó su altoparlante y comenzó a pormenorizar los detalles. Yo le escuchaba como si estuviera a mil metros de distancia y no a mi lado.

* * *

Durante varias horas, a velocidad reducida, nos fuimos acercando al sistema del sol rojo. Las naves se dividieron para disponer de una posición de tiro lo más efectiva posible, pero sin tener que dispersarnos demasiado. Nuestra distancia del más cercano de los mundos era de doscientos millones de kilómetros y del más alejado de unos mil trescientos, que era el más cercano al sol rojo.

Me mordí los labios esperando que las últimas unidades alcanzasen sus posiciones. Sabía que existían satélites artificiales mits que seguramente en aquellos momentos estaban indicando nuestra presencia.

Todo dependía ahora del tiempo que el enemigo precisase para enviar sus naves interceptoras contra nosotros o poner en el espacio sus misiles defensivos.

Acaricié el frío botón. Apenas lo hundiese todos los comandantes de navío dispararían sus misiles. Siete mil cuatrocientas veintiuna naves dispararían diez misiles cada una, lo que significaba que setecientos cuarenta y dos mil cien bombas contaminantes marcharían, raudas, hacia los cinco planetas. Yo confiaba en que al menos unas cien alcanzasen su objetivo. Era bastante que veinte misiles hicieran explosión en la atmósfera de un planeta para hacerlo inhabitable por siglos. Ni siquiera las más sólidas defensas pétreas y de acero podrían impedir la filtración de las mortales radiaciones.

De todas formas no resulta muy agradable, aunque se trate de hacerlo contra enemigos mortales como son los mits, vivir momentos semejantes. Aquella operación significaba la aniquilación de millones de seres. Pero era preciso si queríamos evitar que la humanidad, o lo que quedase de ella después de la guerra, fuese esclavizada.

Los computadores anunciaron que era el momento.

Apreté el botón y segundos después, cuando los miles de misiles se dirigían hacia sus objetivos, los vigías advirtieron la proximidad de las unidades mits que acudían a oponerse a la fuerza que invadía su espacio vital.

Me aresté a la batalla. Ya no teníamos que hacer nada allí. El curso de los misiles no podía ser revocado. Sólo teníamos que confiar que el mínimo número de ellos llegasen a los planetas. Ahora era preciso pensar en escapar con el menor número de bajas.

De todas formas, el enemigo había actuado demasiado lentamente. Sólo podía vengarse de nuestra incursión. Era imposible que pudiera evitar la tragedia que se les venía encima.

Empecé a dar órdenes. Mis naves tenían que agruparse según el plan establecido, iniciar la retirada inmediata e intentar escapar por el hiperespacio lo antes posible.

No se puede entrar en el hiperespacio cuando se está tan cerca de una estrella, y mucho menos cuando ésta es roja y gigante. La nave

que lo haga en tales condiciones puede no volver a salir al espacio normal. El espectro astral distorsiona los dispositivos de a bordo, que quedan deformados haciendo imposible el retorno del hiperespacio.

Teníamos que poner aún mucha distancia entre nosotros y las flotas enemigas que no buscaban.

Aquello resultaba peligroso porque, al huir, no podríamos defendernos de los perseguidores. Y si hacíamos frente al enemigo nunca terminaríamos escapando de aquella zona.

Los vigías empezaron a dar datos del enemigo que se acercaba y me estremecí. Eran más de treinta mil naves mits, divididas en seis grupos, que iban a convergir desde media docena de puntos sobre nosotros antes de dos horas si entonces no nos habíamos alejado de allí.

Al mismo tiempo empezaron a llegarnos noticias de la marcha de los misiles. A poco más de media hora de alcanzar el más cercano de los planetas, la mitad de ellos ya habían sido destruidos. Al parecer las flotas enemigas se habían demorado en poner ante ellos una densa barrera de proyectiles interceptores. Los rápidos rayos láser poco podían hacer contra ellos.

El general Maisde me sonrió. Para él aquella cifra era alentadora. Me dijo que había previsto que las bajas, a aquellas alturas, fuesen mayores de las producidas.

Nos estábamos alejando del sistema Mit, pero las flotas enemigas nos daban alcance. Ellos estaban acelerando, desde hacía horas, y nosotros acabábamos de romper la inercia establecida.

A pesar de todo íbamos dejando un reguero de proyectiles con cerebros electrónicos, que se dirigían contra las naves contrarias. Aquello detendría al enemigo unos minutos, o al menos le haría ser más precavido.

Transcurridos cuarenta minutos, cuando aún nos faltaban unos cien millones de kilómetros para poder sumergirnos en el salvador hiperespacio, ocurrieron dos cosas: varios cientos de nuestras naves empezaron a ser alcanzadas por el fuego de las avanzadas enemigas al mismo tiempo que empezaban a ser víctimas de nuestro mortal rastro dejado. La segunda fue que los dos planetas mits eran alcanzados por un buen número de misiles, mucho mayor del preciso. Todavía quedaban muchos miles, que buscaban los tres objetivos restantes.

Esto hizo que el enemigo se desconcertase. Durante muchos años

de guerra habían vivido confiados de no ser atacados nunca en su feudo. El hecho era insólito para ellos.

Los misiles contaminantes son difíciles de detectar, cuando son lanzados en grandes masas. Por eso, las instalaciones de superficie no pudieron impedir que varios de ellos estallasen en la atmósfera.

Los mits decidieron hacer volver a la mitad de sus naves a proteger los tres planetas aún no alcanzados, con la idea de formar una barrera defensiva. Era algo casi imposible, pero debieron pensar que la mínima posibilidad existente era más valiosa que seguir persiguiéndonos.

De esta forma, conseguimos entrar en el hiperespacio, sin apenas bajas que sumar a las anteriores.

De todas formas, hice que el *Argón* no siguiese el viaje con las demás. Podía perder media hora, regresar al sistema Mit, y asegurarme del resultado de nuestra incursión, y alcanzar el grueso de mis naves, puesto que conocía la ruta que llevaban.

Elegimos un lugar muy distinto al que usamos para huir para regresar. El gran sol rojo estaba a más de un año luz de nosotros, y usamos el potente telescopio para explorar.

El espectro nos demostró, precipitando la velocidad que recibíamos por medio del láser, que ninguno de los planetas enemigos se había librado de la mortal contaminación. Lo hice registrar todo, y ordené la reunión con los nuestros.

Anuncié la victoria a mi tripulación, primero, y luego a las demás naves, cuando las alcanzamos y pudimos establecer contacto.

En un mensaje general, les dije que, con aquella acción, confiábamos ganar el tiempo suficiente para que el «Traslator» se encargase de poner fuera de combate a los restantes planetas mits. Añadí, porque ya había recibido varias preguntas de la misma índole, que repetir la misma acción contra los mundos mits secundarios, después de lo que habíamos hecho, sería una locura. A partir de ahora, los mits volverían a levantar sus fabulosas defensas, tal como las tenían al comienzo de la guerra, y contra las cuales se estrellaron las flotas de la Superioridad.

Pero el «Traslator» podía operar desde una distancia mil veces superior que la mínima exigida para el lanzamiento de misiles. Su acción volvería a provocar otra sorpresa entre los mits, y ésta sería definitiva.

—Es un arma sucia, el misil contaminante —dije.

—Era la única que tenía probabilidades de romper la defensa.

—De todas formas —miré un poco molesto al general—, la reacción enemiga ha sido mucho mayor de lo que esperábamos. ¿Acaso usted pensó que pudiera haber tantas naves?

El general negó con la cabeza.

—No. Hemos tenido mala suerte. Esa flota que estuvo persiguiéndonos debía de ser una de las que periódicamente el enemigo envía al frente. Quiero decir, que se trataba de una fuerza recién alistada para entrar en combate. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ir al lugar donde tenía que reunirme con Mario Mur —dije gravemente—. Pero, antes, tengo que anunciar al Alto Mando de la Superioridad lo que hemos hecho. Ellos deben sacar conclusiones.

—¿Todo?

Me volví para decir:

—Sí. Incluso que me negué a acudir en ayuda del grupo de Mario.

El general Maisde suspiró.

—Estoy seguro de que no se lo tendrán en cuenta, a la vista de lo que hemos conseguido.

—No estoy tan seguro —dije, atrayendo la mirada alarmada de Dora.

CAPITULO XI

El Consejo de Guerra se celebró en Pariodot, cuatro semanas más tarde.

Mientras tanto habían ocurrido demasiadas cosas.

Aistarh había llegado, acompañado del resto de los jefes que integraban la Asamblea de los Mundos Libres, y que no pudieron integrarse en la flota expedicionaria.

El almirante Djonet presidió el Consejo, conjuntamente con Aistarh. La acusación era simple: desobediencia, actuación por propia cuenta en tiempos de guerra, y haber ocasionado la destrucción del grupo de Mario Mur y los restos del grupo de Fiotreu, que se le unieron.

Desde que me enteré de la destrucción de todas las naves de Mario y las pocas que restaban de Fiotreu, me sentí anonadado. Luego, empezaron a llegarme rumores y comentarios. Mis compañeros de armas me habían comprendido, y ellos no estaban dispuestos a acusarme por lo que había hecho.

Pero una flota de la Superioridad habíase perdido también, a consecuencia, según afirmaban, de mi negativa a acudir al lugar de combate que se me había asignado.

Creo que aquello era lo que la Superioridad no me perdonaba. En aquellos momentos, empecé a verlo claro. Incluso cuando lo comenté con el general Maisde, su silencio a mis preguntas fue lo más elocuente que el veterano guerrero podía responderme.

Los días que precedieron al Consejo, conversé con mis compañeros. Al principio, ellos estuvieron furiosos conmigo porque me consideraban culpable de la destrucción del grupo de Mario, pero luego, el curso de la guerra les hizo ver que lo que hice era lo único que podía salvarnos de la derrota.

Quince días después de la destrucción de los mundos primarios de los mits, cuando hacía dos semanas que el enemigo había retirado todas sus flotas del vértice de penetración, y dejado de hostilizar los planetas de la Superioridad amenazados, el navío con el «Traslator» alcanzó el punto desde el cual debía poner en funcionamiento el artefacto.

Según testigos presenciales, lo que sucedió era difícil de narrar. A pesar de la enorme distancia a que se hallaban los mundos mits secundarios, rodeados de todas las flotas enemigas, desaparecieron, llevándose consigo cientos de miles de naves que los custodiaban, a la desconocida dimensión. Todo sucedió en unos minutos. La extraña energía proyectada por el «Traslator» había recorrido los años luz, en segundos. La ausencia de los planetas enemigos se notó mucho tiempo después, aún a pesar de usar los telescopios con aceleradores láser.

¿Dónde estaban aquellos mundos? Nadie podía dar la respuesta. Si los inventores de la mortal arma podían saberlo, con su desaparición el enemigo completaba su círculo.

Porque los profesores Busses y Amir están siendo considerados como desaparecidos. La nave en que viajaban, con su invento, sufrió un accidente, cuando regresaba a la Tierra. Únicamente uno de los hombres que viajaban en ella, el capitán Norton Mash, pudo salvarse. Fue rescatado por una nave de los Mundos Libres, que le servía de escolta. Su comandante Sushman, del Mundo Libre Marnidot, fue detenido y llevado a la Tierra, en donde los gobernantes de la Superioridad casi le acusaron de haber robado el invento.

En realidad, los acontecimientos, apenas terminada la guerra, se precipitaron demasiado. Todo sucedió muy aprisa. La gente, a pesar de la alegría, estaba nerviosa. Si al principio yo no entendía nada, los acontecimientos venideros fueron dándome una respuesta adecuada.

—Te he metido en un buen jaleo, muchacho —se lamentó un día, antes del juicio, el general Maisde.

En aquellos días, yo estaba preparando mi defensa, y levanté la mirada de la mesa llena de papeles y datos.

—No hay que preocuparse ahora, general —respondí amargamente—. No todo ha salido, al final, como habíamos previsto. ¿Sabes a cuánto han ascendido nuestras bajas? A más del cincuenta por ciento. Así, como porcentaje, es una cifra fría, pero si le añado que supone cerca de cien millones de personas muertas y cincuenta mil naves perdidas, es para estremecerse.

—Lo entiendo. He intentado ayudarte; ya lo sabes.

Lo sabía. El general Maisde tuvo la gallardía de protestar por todo aquello. Dijo que él era el único que debía sentarse en el banquillo, ya que fue quien me indujo a atacar los mundos primarios de Mit. Pero no le hicieron caso. Para la Superioridad, yo era culpable. En realidad, no se pretendía juzgarme a mí, sino a los Mundos Libres.

Era el momento de pagarnos, y la Superioridad quería que la factura no fuera tan alta como nos había prometido, en los momentos difíciles para ella.

Cuando comenzó el Consejo de Guerra, con la sala repleta de personas de la Superioridad, en su mayoría, y pocos miembros de los Mundos Libres, la primera conmoción se produjo cuando Aistarh se levantó y dijo solemnemente:

—Aunque me han elegido copresidente de este tribunal, tengo de decir a la sala que me niego a secundar el juego, la artimaña o lo que sea, que se pretende hacer aquí. He tenido tiempo de meditar, y creo que el jefe Olaf Harden no debe estar sentado en ese sillón, desde el cual sólo puede escuchar una injusticia, si este jurado se atreve a pronunciar una sentencia.

Entorné los ojos, mientras la sala estallaba en murmullos. Vi a Aistarh abandonar el tribunal, y salir de la sala. Los demás jefes, compañeros míos, se quedaron quietos, con las miradas graves.

El almirante Djonet balbució unas palabras, terminó acusando de incivilizado a Aistarh, y prosiguió su actuación, comenzando a leerme los cargos. Dijo actuar en nombre del Jerarca y la Superioridad, haciéndome responsable de la destrucción de toda una flota de soldados terrestres. No mencionó que, antes, cayeron los hombres bajo los mandos de Mario Mur y Fiotreu.

Me preguntaron si tenía algo que alegar.

Me había negado a aceptar un abogado de oficio, pero decidí levantarme y exponer mi defensa. Como no pretendía presentar ningún testigo por el momento, aseguré que en mi disertación estaría la base de mi inocencia.

—El general Maisde, aquí presente, ha querido, repetidas veces, hacerse cargo de todo lo sucedido, pero yo no puedo estar de acuerdo con él porque yo fui el comandante en jefe de la expedición de los Mundos Libres. Es cierto que no quise acudir al lugar donde el Alto Mando de la Superioridad me había ordenado que fuese, pero ya de antemano tenía el propósito de ir a los mundos mits, e intentar su destrucción, según un plan que me propuso el general Maisde, y que a mí me pareció el único medio eficaz de prolongar la guerra y permitir que el «Traslator» pudiera actuar.

»Se me quiere acusar de que, con mi forma de actuar, muchas naves de la Superioridad, sin olvidar que fueron muchas más de los Mundos Libres, los dos días precedentes a nuestro ataque, las que

fueron destruidas. Pero nadie, al parecer, se ha molestado en repasar los partes de guerra, la situación de nuestras fuerzas. Quien se ocupe de hacerlo, encontrará que, en dos semanas más de guerra, hubieran sido destruidas todas las naves de los Mundos Libres, y casi la totalidad de las flotas de la Superioridad.

»Nosotros cargamos con todo el peso de la lucha, desde que llegamos. Se nos dijo que lucharíamos en los frentes más débiles, pero fue todo lo contrario. La Superioridad quería conservar el resto de sus flotas y sacrificarnos a nosotros para así ella disponer de mucha fuerza, cuando la guerra terminase. Nos han engañado miserablemente.

»No se me pretende acusar aquí porque desobedeciera una orden, sino porque les desbaraté el juego. La Superioridad quería que el poder de los Mundos Libres fuera destruido en las postrimerías de la guerra. Incluso dijo que el «Traslator» no estaba listo, cuando la verdad era que los profesores Busses y Amir se desesperaban de impaciencia, sin comprender por qué no recibían de la Tierra el permiso para actuar.

El almirante se puso rojo, e intentó golpear con su mazo la mesa, conminándome al silencio. Pero los jefes que estaban detrás de mí se levantaron, sacaron sus armas, y Sushman, adelantándose hasta el estrado, gritó:

—Es cierto. Si al principio nosotros odiamos a Olaf porque le consideramos también culpable de la muerte de los compañeros que mandaba Mario, más tarde, cuando conversé con los profesores Busses y Amir, supe que la traición se estaba cebando contra nosotros, los Mundos Libres.

»Esos hombres habían comprendido la clase de intenciones de la Superioridad, y no estaban dispuestos a dejarles en su poder el invento, una vez que enviaran a lo desconocido a los mundos mits que quedaban. Me confiaron que pensaban hacer estallar la nave, cuando emprendieran el regreso de la Tierra. Sólo se salvó Norton Mash porque, al parecer, escuchó nuestra conversación, y huyó en una chalupa de salvamento. Mi nave aún estaba cerca, y pudo rescatarlo.

Todas las salidas de la sala estaban bloqueadas. Aparecieron hombres de los Mundos Libres, y, al frente de ellos, iba el presidente Aistarh, quien, avanzando por el pasillo, escupió a los miembros del jurado:

—La Superioridad estaba en trance de perder la guerra, y solicitó

nuestra ayuda, prometiéndonos muchas cosas que en realidad no pensaba cumplir. Siempre fuimos una molestia, y debieron pensar que, si salíamos con todas nuestras naves armadas casi ilesas, seríamos más fuertes aún. No pienso seguir con esta farsa y, en este momento, proclamo que nos olvidaremos de la Tierra, de los mundos de la Superioridad, de todo. Regresaremos a nuestros hogares y procuraremos reorganizar nuestras vidas. Debí imaginarme algo parecido, cuando todas las pruebas indicaban que la Superioridad no dudó en sacrificar a Lladistar porque pretendía seguir comerciando con nosotros.

—Están locos —gruñó el almirante—. No conseguirán salir vivos de aquí.

Aistarh se echó a reír.

—Tenemos controlado el planeta. Nuestras naves estarán en nuestros mundos antes que ustedes puedan poner en marcha los maltrechos restos de su flota. Y les advierto que no queremos verles por allí.

Renqueante, pálido, el general Maisde se alzó de su asiento.

—Me siento avergonzado de haber combatido una vez bajo el mando de la Superioridad. He perdido mi cuerpo combatiendo, pero no quiero perder la dignidad. Creo que si mis amigos me aceptan yo también me marcharé con ellos.

Hubo un movimiento en la sala, y los nuestros tuvieron que actuar para impedir que nadie escapase.

—Es inútil que intenten detenernos, almirante —dijo Sushman—. Por muy furiosos que estén, no deben perder el control. Ustedes pensaban que, condenando a Olaf, acallarían la opinión de la galaxia, pero no será así. Todo se ha puesto en su contra, y esta farsa ha sido desmontada mucho antes de lo que imaginaban.

—Con el «Traslator» en sus manos, pensaban imponer el temor en todos los sistemas solares que aún no acatan sus órdenes —dijo Aistarh—. Pero sus inventores supieron sacrificarse para que no contasen con esa amenaza. Está bien perdido. Ahora, deben conformarse con vivir en paz, y reparar las destrucciones de esta guerra. Aunque no acepten cumplir lo pactado, nosotros nos ocuparemos de defender nuestra libertad. Hemos aprendido a luchar. Tenemos más experiencia que ustedes porque hemos sido capaces de vencer a unos soldados mejores que los de la Superioridad, que estuvieron a punto de derrotarlos: a los mits.

Empezaron a salir de la sala lentamente.

Días más tarde, estábamos en nuestros mundos.

Dora, al igual que el general, no había querido quedarse en Pariodol.

Nuestro regreso no fue triunfante. Eran demasiadas las pérdidas, demasiados los ausentes.

* * *

Dora estaba más encantadora con nuestro traje. La vistosa falda y blusa la hacían más hermosa. Se adaptó pronto a nuestras costumbres, y le encantó mi casa, la ciudad. Mi familia la aceptó rápidamente, y nunca nadie insinuó nada de su lugar de nacimiento.

Pero había que volver al trabajo, a emprender nuevas empresas, a comerciar con los planetas de la Realeza. Allí siempre había existido un buen mercado.

Nuestra flota mercante había disminuido, pero decidimos no desmantelar todas las armas de las naves. A pesar de que habíamos recibido noticias de la Tierra, no estábamos muy convencidos que la Superioridad pensase dejarnos en paz.

No volveríamos a confiarnos otra vez.

Sin embargo, pasaron los años, y no sucedió nada.

Un día, Aistarh vino a visitarnos, y me confió:

—Creo que la Superioridad ha aprendido la lección. Sabe que somos poderosos, y tenemos una gran flota, capaz de rechazarles. Además, durante mucho tiempo, no podrán pensar en aventuras bélicas. La guerra contra Mit les dejó muy mal parados, y tienen bastante en qué ocuparse reorganizándose y reparando las destrucciones.

Le ofrecí una copa de licor, y le pregunté qué más tenía que decirme.

—¿Cómo sabes que traigo más noticias? —me preguntó, sorprendido.

—No sabes disimular, cuando traes una buena noticia —reí.

—Bueno, en realidad, todavía no es oficial, pero creo que buena parte de los habitantes de Lladistar lograron escapar, y se establecieron en un planeta cercano al sector de la Realeza. Allí se les permitió vivir y, dentro de poco, dispondrán de una gran industria espacial. Pronto podremos contar, otra vez, con sus naves.

—¿Sabe eso la Superioridad? Lladistar está bajo ellos, por tratados...

—¿Tratados? La Superioridad no merece que se le respeten los tratados. Al principio, es cierto que el nuevo mundo Lladistar pretendía acogerse a las leyes de la Superioridad, pero alguien se preocupó de hacerles ver el error que iban a cometer.

—¿Quién?

—¿No te lo imaginas? Por supuesto que es Maisde.

Sonreí. Tenía que ser el veterano militar. Estaba haciendo mucho por nosotros.

Dora entró para decirnos que la cena estaba lista. Aistarh protestó, diciendo que no podía quedarse; pero ella fue más convincente y terminó aceptando, que lo que en realidad quería era eso.

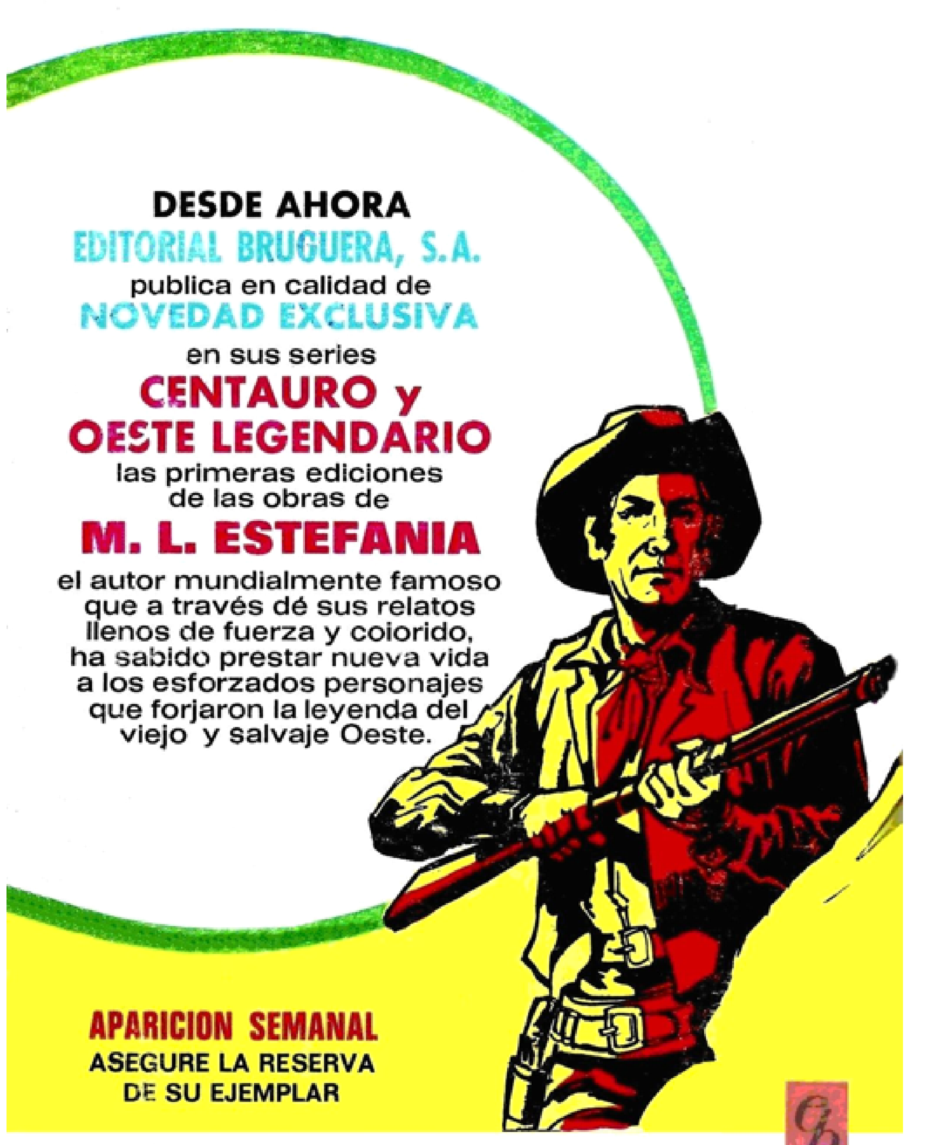
Mientras les seguía hacia el comedor, me pregunté si algún día terminaría no pensando en la guerra, en Mit y en todo cuanto sucedió.

No es agradable pensar en esas cosas, cuando uno lo único que pretende es vivir.

Ojalá la Superioridad hubiera aprendido la lección.

Que nos dejasen en paz.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.